



CUADERNOS DE CRITICA

Diciembre 1965

SUMARIO

- 1 **La nueva generación de izquierda y el peronismo**
por Luis Gregorich
- 14 **Peronismo y marxismo**
por Jorge A. Capello
- 24 **Bipolaridad en la literatura argentina**
por Noé Jitrik
- 43 **Dilema para sociólogos**
por Fernando Lida García
- 50 **Libros:**

Críticas sobre Syria Poletti, Oscar Masotta,
Daniel Moyano y Ezequiel Martínez Estrada

Cuadernos de Crítica

Revista de crítica e investigación cultural

Consejo de redacción

Jorge C. Caballero

Jorge A. Capello

Valentín Cricco

Luis Gregorich

Fernando Lida García

Editor responsable

Luis Gregorich

Administración

Valentín Cricco

Diagramación y tapa

Roberto J. Páez

Precio del ejemplar: \$ 80 m/n.

Suscripción anual (4 números): \$ 300 m/n. ó 2 dólares.

Suscripción anual de colaborador: \$ 600 m/n. ó 4 dólares.

Dirección postal: Charcas 4767, 2º "A", Buenos Aires (R. 25)

La Nueva Generación de Izquierda y el Peronismo

LUIS GREGORICH

No nos proponemos, con el presente trabajo, ofrecer una interpretación novedosa del movimiento peronista, ni tampoco deslizar, bajo el rótulo de "nueva generación de izquierda", un artificial sistema de encasillamiento de nuestra realidad política. Que esto quede claro desde el principio: trataremos únicamente de proporcionar al lector, a través de la enumeración, verificación y análisis de los datos correspondientes, unas cuantas hipótesis de trabajo que le ayuden, dentro de la actual confusión de ideas o tendencias, a regirse con un mínimo de coherencia intelectual. Si algunas de nuestras conclusiones contribuyen, además, a la elaboración de esa estrategia política global que tanto necesitan los sectores progresistas del país, la finalidad del artículo habrá sido ampliamente alcanzada. Aun cuando en adelante procuraremos evitar toda clase de apriorismos, conviene que desde ahora nos pongamos de acuerdo sobre el significado de un concepto que usaremos con cierta frecuencia y tal vez con el matiz de apasionamiento en que inevitablemente incurrimos al referirnos a todo aquello con que tenemos una relación muy íntima y dentro de lo cual nos sentimos, en cierto modo, englobados. El concepto que queremos delimitar es, desde luego, el de izquierda. Para nosotros, son tres las características o variables que definen la izquierda, al menos en las peculiares condiciones históricas y sociales de América Latina: su carácter anticapitalista (en el

sentido de cuestionar la totalidad de la sociedad capitalista y burguesa, tanto en su infraestructura como en las relaciones sociales que ésta, a través de complejas mediaciones, produce; por otra parte, esta oposición supone también el enfrentamiento enérgico, en todos los planos, con la metrópoli del capitalismo, los EE. UU.); su actitud revolucionaria (por la cual afirma que la transformación de la sociedad es posible sólo mediante un proceso revolucionario, no necesariamente violento, pero que, como la experiencia histórica lo demuestra, suele desembarcar en la violencia, debido a la obstinación de los grupos dominantes por conservar sus privilegios), y su contenido socialista (que le hace propugnar el único "proyecto" de sociedad que todavía no ha sido demolido por la historia ni desarrollado en todas sus posibilidades, es decir, el proyecto socialista, aquel en que la estructura del proceso productivo es modificada por la apropiación colectiva de los medios de producción bajo la hegemonía de la clase obrera).

Deliberadamente excluimos aquí de la izquierda a los representantes de la llamada "izquierda democrática", pretendidamente evolucionista y liberal, aunque casi nunca, debido a sus contradicciones internas, alcanza a merecer tales calificativos (en América, sus exponentes más caracterizados en el plano gubernativo fueron, como se sabe, Betancourt, Figueres y Muñoz Marín, y en cierto modo lo son ahora Leoni, Orlich y Belaúnde Terry; en la Argentina, si se trata de particularizar, Frondizi y el desarrollismo frigerista constituyeron una versión singularmente tartamudeante de este intento de conciliar lo inconciliable). Quedan también fuera los movimientos democristianos, aun los más avanzados, porque, a semejanza de sus parientes europeos —cuyo más típico ejemplo lo ofrece el partido confesional italiano—, su papel objetivo es, en todos los casos, el de aprovechar la persistencia de relaciones sociales y superestructuras teñidas todavía de la cosmología cristiana, modernizarlas mediante una moderada apertura social y humanitaria e integrarlas, por fin, en experiencias neocapitalistas de variado signo. El gobierno de Frei, en Chile, es, naturalmente, la más adecuada expresión de esta categoría. Por último, y aunque se trate de un sector de escasa importancia política, tampoco incluiremos en la izquierda a todos aquellos anarquistas románticos y representantes de las sucesivas "generaciones vencidas", que, si bien rechazan en bloque la sociedad burguesa, no proponen ni una sola alternativa válida de su individualismo, conformista en el fondo. Quizás valga la pena aclarar aquí que de ninguna manera se pretende abrir sobre el posible acercamiento e incluso la acción en común de la izquierda con los grupos recién mencionados (y con otros grupos), que evidentemente puede ser viable si existen objetivos tácticos claros y diferenciados. Lo que

pretendemos es cimentar un concepto de izquierda inteligible y verificable, que el lector pueda utilizar a lo largo de todo el trabajo.

Tal vez asombré que, en esta conceptualización de la izquierda, no haya sido mencionada aún la palabra marxismo. Tácitamente, sin embargo, hemos identificado ambos términos, puesto que las tres variables que definen la izquierda sólo pueden ser formuladas con el apoyo del método, cosmovisión y humanismo marxistas. Queda supuesto entonces que el marxismo, como ideología natural y constitutiva de la izquierda, no puede ser eludido ni sustituido por un *ersatz* filosófico anacrónico, y que todo militante de izquierda, en la medida en que adopte e internalice las variables citadas, realizará, objetiva cuando no subjetivamente, la praxis marxista.

I

El origen de la nueva generación de izquierda está en una fecha que, por muchos motivos, es en cierto modo clave de la más reciente historia del país: 1955. Tan significativa es esta fecha que en rigor podría hablarse, en el terreno político e ideológico, de una generación del 55, cuyo hecho generacional fue indudablemente la caída del peronismo, y que se encontró, al entrar en la edad de la razón, con que el país podía y debía asumirse en términos políticos, no sólo porque la conciencia política se había agudizado notablemente en diversos sectores de la sociedad, sino también porque, y simultáneamente, tenían lugar importantes acontecimientos que ponían al desnudo, sin confusión posible, la estructura clasista del país y la mutua y férrea dependencia de infraestructuras (económicas) y superestructuras (ideológicas). Nada de ello había ocurrido en el pasado inmediato: durante el gobierno peronista, pudo concebirse como razonable —aunque por cierto a regañadientes por parte de la oligarquía y la burguesía industrial— la conciliación de clases y aun la integración y participación de la clase obrera en la conducción del país. Parecida ambigüedad tuvo lugar en el terreno de las ideologías: la izquierda tradicional, más perpleja que nunca, lastrada por su pesada vocación liberal, de enajenación en enajenación, no pudo impedir, por un garrafal error de ubicación política, que un proletariado nacional recién formado y surgido a la lucha se politizara bajo el signo de una ideología confusa (pero inconfundiblemente burguesa), en que se mezclaban sin orden ni preminencia el nacionalismo, el populismo, una forma criolla de fascismo, la xenofobia, el obrerismo, el clericalismo (en los primeros tiempos), etc.

Al peronismo en sí, empero, vamos a referirnos más adelante;

interesa continuar hablando ahora de esa generación de izquierda que nació obligadamente bajo un fuerte signo político. Sería hartamente comprometido para nosotros señalar un límite de edad a sus componentes; sin embargo, por razones de exposición y operatividad, puede decirse que se reclutan dentro de los nacidos entre 1925 (como los mayores de los redactores de *Contorno*, la más representativa de las revistas de la época) y 1940. Sin duda, la gran mayoría de los miembros de esta generación nacieron en la década del 30; pero es preferible presentar un marco temporal algo más elástico, tanto para incluir a aquellos que por su formación política e intelectual constituyeron en el 55 la vanguardia de la generación, como a aquellos otros que, aunque incorporados a la militancia partidaria y cultural sólo después del 60, comparten más o menos puntualmente el lenguaje, la atmósfera cultural y los objetivos políticos generacionales. Adelantémonos a una crítica: tal vez moleste que hablemos de esta "generación" como de un bloque unitario, cuando es bien sabido que en la actualidad está disgregada en muchos pequeños grupos; pero precisamente una de las tesis de este artículo es que la única valla que se opone a la unidad se debe a la torpeza y la inmadurez políticas; todos los otros elementos, según procuraremos mostrarlo en este trabajo, están dados. En cuanto al origen político de los distintos miembros de la generación, puede arriesgarse una hipótesis. Del peronismo o de sectores afines a él (Partido Socialista de la Revolución Nacional; grupos trotskistas aislados; grupos sindicales radicalizados, etc.) surge la mayor parte de los activistas de la nueva generación de izquierda y también de sus libelistas políticos y militantes sindicales más caracterizados. De los sectores en un principio antiperonistas (intelectuales de la izquierda liberal que tras el 55 profundizan su conciencia política; sectores avanzados del Partido Socialista —que luego de sucesivas divisiones han de formar el Partido Socialista Argentino y otros desprendimientos paralelos—; grupos universitarios marxistas o próximos al marxismo; unos pocos militantes sindicales jóvenes también marxistas, etc.), se origina la *élite* intelectual de la nueva generación, sus escritores ideológicos y críticos culturales más lúcidos. El típico representante del primer grupo es John William Cooke; entre los exponentes del segundo, podrían servir como ejemplo Ismael Viñas, Abel Alexis Latendorf, Juan Carlos Portantiero (sin que estas menciones incluyan juicios de valor). El Partido Comunista desempeña un papel ambivalente en esta génesis generacional: en el 55, existen en sus bases y cuadros medios jóvenes gran número de elementos de tendencia revolucionaria, muchos de los cuales han de separarse del partido o ser expulsados de él, para integrarse inmediatamente en la nueva generación de izquierda (el mencionado Portantiero, por varios años

el "niño mimado" de los ideólogos ortodoxos del partido, representa un caso límite de esta ruptura), pero hay también muchos militantes veteranos, y prácticamente la totalidad de los dirigentes de primera fila, que no abandonan sus esquemas liberales, a lo sumo antiimperialistas, en los que está implícita la aceptación del *statu quo* del país construido según el proyecto burgués.

Si en el origen político de la nueva generación descubrimos la antinomia peronismo-antiperonismo, en su formación ideológica el marxismo es, por decirlo así, el eje en torno del cual se articulan las diversas formas de la crítica e interpretación de la realidad política y cultural. La vanguardia de la generación, en la que el cosmopolitismo y europeísmo de sus antepasados liberales se combinan con una fuerte y perceptible preocupación por lo nacional, se distingue por su alto nivel intelectual, aunque todavía, en el plano de los hechos, esta madurez teórica no ha dado mucho más que comentarios más o menos mecánicos de pensadores europeos marxistas o cercanos al marxismo (Lefebvre, el Gramsci depurado de stalinismo que se popularizó en los últimos años, Sartre, etc.).

Llegamos ahora a la parte más importante para la evolución y el desarrollo interno de nuestra generación: los acontecimientos políticos nacionales e internacionales de los últimos diez años. En realidad, son estos acontecimientos los que dan cierta coherencia y consistencia a nuestro concepto de generación, en un sentido más amplio del que podría constituir una simple vanguardia intelectual con afinidades ideológicas, y los que también forman un poco el correlato histórico, las etapas que fue necesario salvar antes de alcanzar esas tres variables que configuran, hoy, la morfología de la izquierda.

En el plano nacional, puede esbozarse esta sucesión de episodios: caída del peronismo (acompañada, en la superficie, por un espectacular resurgimiento del sistema liberal multipartidario y, en su euforia inicial, por gran efervescencia intelectual e ideológica; más profundamente, se acentuó la depresión económica iniciada en 1952, se fue haciendo cada vez más rígida la dependencia de nuestra economía respecto a las potencias imperialistas, y se cargó el peso de la crisis sobre los sectores populares —urbanos especialmente—, castigados duramente por la represión más o menos violenta, la proscripción electoral y la disminución de su nivel de vida; ascenso del frondicismo (que, tras una nueva iniciación eufórica, debió desmontar pieza por pieza su proyecto de alianza de clases y desarrollo industrial del país bajo la conducción de una parte de la burguesía nacional), y caída del frondicismo (que señala el fracaso final del experimento "integracionista", y demuestra la imposibilidad de que las estructuras económico-sociales del país puedan

experimentar un cambio cualitativo a través de un proceso político dirigido por la burguesía). Los últimos tres años poco agregan a estas grandes líneas.

Internacionalmente, la enumeración es aún más fácil: primero, importa la denuncia del stalinismo hecha por Jruschov en 1956 (que, aparte de sus efectos internos en la U.R.S.S., alentó los movimientos comunistas y socialistas nacionales en todo el mundo); después, el triunfo de la revolución de Fidel Castro y su posterior evolución hacia el marxismo-leninismo (con lo cual el socialismo hacía su entrada en América latina a través de un proceso revolucionario auténticamente nacional, desmintiendo la opinión de que es imposible batir al imperialismo en su propio reducto), y por fin interesa citar la controversia ideológica y política entre chinos y soviéticos (que rompe el helio-centrismo del mundo socialista, diversifica las perspectivas posibles de construcción del socialismo, y fortalece aún más los ya mencionados movimientos socialistas nacionales, si bien, por otro lado, debilita la unidad operativa de los países socialistas). En otro plano, podrían completarse la nómina los intentos reformistas de Kennedy (ya congelados por Johnson), la relativa consolidación de los neocapitalismos europeos, el desarrollo vacilante del Tercer Mundo, y el reajuste de la línea política de ese importante factor de poder de Occidente que es la iglesia católica, habituada históricamente a efectuar, *a posteriori* de las grandes sacudidas económicas, ideológicas y sociales, su arreglo de cuentas con la época.

Vemos así que nuestra nueva generación de izquierda surge cuando la presencia del imperialismo capitalista es más ostensible que nunca en el tejido estructural de nuestra economía en crisis, y gravita cada vez más a través de superestructuras que procuran lograr de las masas populares la conformidad con el estado de cosas existente. Por otro lado, la revolución cubana triunfante, y más todavía las revoluciones derrotadas, prueban que el traspaso de los medios de producción y la consiguiente transformación social no pueden alcanzarse, en América latina, sino mediante un proceso revolucionario. Y finalmente, la vitalidad del socialismo, su consolidación en diversos países grandes y pequeños a pesar de algunos fracasos particulares, el hecho de que no hayan podido todavía desenvolverse completamente algunas de sus construcciones teóricas más interesantes, mantienen en pie su vigor de utopía social, de proyecto de sociedad realizable. Habría sido extraño entonces que nuestra nueva generación de izquierda no resultase anticapitalista, revolucionaria y socialista. Una cuarta categoría irrumpe en el esquema con naturalidad: la de lo nacional. Se ha visto que la disputa en el mundo socialista ha quebrado la verticalidad de poder; ahora, sin

embargo, nada sería más artificial que copiar mecánicamente los métodos de cualquiera de los dos grandes países socialistas o anteponer sus intereses a los intereses nacionales del propio país. Podemos dejar la exclusividad de esta actitud a los grupos reaccionarios, para quienes los problemas económicos y militares de los EE. UU. son más reales e importantes que los de nuestro país; la izquierda, atenta a las lecciones de todos aquellos que en el mundo están construyendo un socialismo nacional, pero sobre todo continuadora de la propia tradición nacional y popular a la que pretende reinsertar en formas revolucionarias, debe reivindicar para sí un nacionalismo intransigente y vigoroso.

Esta caracterización de la nueva generación de izquierda es, sin duda, simplificada e insuficiente; bástenos, sin embargo, por el momento. Otras preguntas se nos plantean ahora. ¿Cómo ubicar en todo este cuadro al peronismo, ese movimiento de masas que turba a la izquierda y que, como un espejo, le devuelve una imagen empobrecida e insegura? ¿Cómo puede definirse al peronismo hoy, desde la perspectiva de la nueva izquierda? ¿Cuál fue su origen infraestructural, y cuáles las ideologías e individuos que lo dinamizaron? En fin, ¿cuál es la relación entre izquierda y peronismo, cuál su posible identidad, cuál su probable acción en común, cuál la causa de que no hayamos incluido todavía al peronismo dentro de la izquierda ni tampoco fuera de ella? Sobre estas cuestiones versará el resto del artículo.

II

En rigor, incluso antes de ofrecer nuestra explicación del fenómeno peronista, podemos decir por qué no lo hemos incluido globalmente en la nueva generación de izquierda o, para mejor decir en este caso, en la nueva izquierda en general, tomada como movimiento político concreto, en el cual el límite generacional sólo sirve a modo de aproximación. Se advierte *prima facie* que, aun cuando en cierta manera la nueva izquierda es immanente al peronismo, no tiende por ello a confundirse con él, puesto que no toda la izquierda está dentro del peronismo, ni mucho menos todo el peronismo está dentro de la izquierda. Esta última afirmación es fácilmente verificable, siempre que se acepten como argumentos suficientes nuestra definición de izquierda y la plataforma del peronismo, además de las declaraciones y actos políticos concretos de las principales figuras de este movimiento. Con todo, no es discutible tampoco que es imposible asimilar al peronismo en el cuadro de partidos políticos tradicionales del esquema liberal que operó en el país hasta 1945; por ello, y además por el sencillo motivo

de que su principal base de sustentación son, en todo el país, las masas obreras, la izquierda necesita vitalmente interpretarlo con coherencia y puntualizar sus alcances y limitaciones.

Por lo general, se ha tendido, desde la izquierda, a dar dos versiones opuestas del peronismo, que reflejan no sólo dos tácticas operativas distintas, sino también diversos grados de alienación política y organización ideológica. Por un lado se ha identificado al peronismo con la "izquierda nacional", elevando a la categoría de mito su política industrial, sus conquistas sociales y, sobre todo, su composición de clase; por el otro, se lo ha excluido *a priori* de la izquierda, mitificando también su origen burgués, su filiación corporativista y su incapacidad para las transformaciones cualitativas de nuestra estructura económica y social. No pretendemos aquí, por cierto, ofrecer una especie de síntesis superior de estas dos imágenes; lo que nos preocupa es brindar una breve descripción del origen y desarrollo del movimiento peronista, y luego ensayar una interpretación *política*, no mítica, de las relaciones del peronismo con la izquierda.

El momento de la formación del movimiento peronista, 1945, señala el fin de la segunda guerra mundial, y también un momento histórico singular para nuestro país. Debido a la restricción de las importaciones y la expansión extraordinaria de las exportaciones durante la contienda, habíase acumulado en las arcas oficiales un capital cercano a los 1.500 millones de dólares; hacia ya más de diez años, en rigor desde comienzos del gobierno de Justo, que la industria nacional, aunque todavía con diversos grados de dependencia de los países capitalistas, disputaba la supremacía económica a las tradicionales fuerzas de la agricultura y la ganadería, iniciándose así, a mediados de la década del 30, lo que podría llamarse, siguiendo el esquema de desarrollo rostowiano, el período del *take-off*; la situación global, de esta manera, se prestaba para aventuras transformadoras de variado signo, pero principalmente para las de los sectores nacionalistas de la burguesía industrial. Perón llegó a ser el hombre que estos sectores necesitaban, puesto que su creciente carisma pudo conseguir, para que se impusiera la concepción nacionalista e industrial del desarrollo del país, el concurso y consenso de masas todavía no politizadas y que hasta entonces habían sido excluidas del manejo de los asuntos públicos. No es que el propio Perón fuese un instrumento pasivo en manos de los grupos económicos que habían conquistado una momentánea hegemonía y que lo apoyaban; por el contrario, su fuerte personalidad modificó por sí sola varias etapas del proceso, dando a la expansión industrial cierto matiz imperialista (usamos la palabra en sentido figurado, para aludir a la presión que se ejerció en esa época sobre los mercados de

países vecinos), e inquietando no pocas veces, más con gestos ocasionales que con decisiones profundas, los intereses de las grandes potencias; lo que queremos anotar es que, sin la correspondiente explicación infraestructural, sería imposible interpretar, no sólo el ascenso del peronismo al poder, sino tampoco sus posteriores logros y contradicciones.

En un primer nivel de aproximación vemos así que el peronismo pudo conquistar el poder por haber sabido responder eficazmente a la nueva situación económica y social del país, caracterizada principalmente por el surgimiento de nuevas esferas de intereses económicos (industriales, para el caso) y por la formación de un proletariado industrial políticamente virgen (los combativos cuadros sindicales del pasado, cuyo extraordinario valor es imposible desdénar, eran, sin embargo, grupos minoritarios y formados principalmente por extranjeros; además, lo que configuró la expansión cuantitativa de este nuevo proletariado fue la asimilación de grandes masas rurales por la industria de la ciudad). Esta explosión simplemente no fue comprendida por la izquierda tradicional, cuyo arsenal político demostró ser por completo insuficiente; la derecha, por su parte, vio con claridad qué peligros para sus privilegios entrañaba el experimento, e inmediatamente se puso a combatirlo. Desde un principio, y no sólo por la extracción social de sus jefes y el apoyo más o menos cordial de instituciones como el ejército y la iglesia, que en una primera fase compartieron la responsabilidad de los proyectos económicos y sociales del régimen, el peronismo fue burgués y promovió la alianza de clases. Pero precisamente por esa causa, y mientras se mantenía fiel a sus postulados iniciales, se hizo temible a los sectores que propugnaban la antigua estructura económica y que, como queda dicho, se convirtieron en sus enemigos naturales.

Contenido burgués y alianza de clases: he aquí dos piezas claves del movimiento peronista y, en rigor, aquellas que son las más importantes en su estimación desde la izquierda. Podemos seguirlas históricamente, tanto a nivel infraestructural como en el plano ideológico, a través de los veinte años de vida con que cuenta el peronismo. En la primera presidencia de Perón, sustentada en la bonanza económica de la última etapa del *take-off*, el proyecto obtiene algunos éxitos y encara diversas reformas políticas y sociales. La hegemonía del movimiento se encuentra en manos de la burguesía, de los elementos políticos, que manipulan a la clase obrera, aunque otorgándole una conciencia de participación política que habría de convertirse en conquista irreversible. Finalizado el *take-off* hacia 1952-1953, se inicia una recesión económica: el proyecto burgués del peronismo se desintegra, infra y superestructuralmente. Grandes sectores de la clase media dejan de apoyar al régimen; más

tarde, lo que es más grave, lo hacen las dos grandes instituciones que colaboraron con él en el ascenso al poder: la iglesia y el ejército. Por último, el peronismo es depuesto en 1955; en el momento de su derrota sólo lo apoya la clase obrera, desarmada y reducida a la impotencia por el propio sistema vertical instituido por el régimen. Un observador imparcial podría haber supuesto, a esta altura del proceso, que la radicalización y acentuación clasista del peronismo eran inevitables; la política represiva del gobierno siguiente, la difícil situación económica por que se atravesó, la proscripción electoral, deberían haber confirmado esta hipótesis. Y, sin embargo, nada de esto ocurre. Se comparte el comienzo de una nueva experiencia burguesa con Frondizi; se aceptan humildemente las parcelas de participación política que el régimen liberal ofrece. En la oposición, por supuesto, el centro hegemónico del movimiento pasa a los sindicatos, diríamos a la burocracia sindical (aunque últimamente, con el auge del neoperonismo, se asiste a una resurrección del sector político), pero sin ganar aliento revolucionario ni conciencia de clase, sino más bien proyectándose hacia un futuro partido de tipo laborista, tradeunionista, caracterizado, una vez más, por la alianza de clases y el reformismo. Ni aun la idealización del peronismo que, por una suerte de sentido expiatorio, hace un sector de la izquierda, conmueve a los dirigentes peronistas. En realidad, el mejor ejemplo de este carácter burgués, de clara aceptación del *statu quo*, lo brinda el jefe máximo del movimiento, también ascendido, por más de un teórico izquierdista, a líder revolucionario. Perón, a quien no puede negarse inteligencia política ni energía para alcanzar sus propósitos, ha sido, a no dudarlo, el principal freno para la organización de un partido clasista y revolucionario de la clase obrera en los últimos diez años. No por haber traicionado a sus ideales, por cierto, sino simplemente porque su "conciencia posible" es la de un militar burgués y nacionalista, que no encuentra motivos valederos para dar un salto cualitativo. En este sentido, no hay duda de que, si en el país no se producen mientras tanto cambios políticos apreciables, la muerte de Perón sumirá en la perplejidad a todo ese sector de la clase obrera que se encuentra emotivamente conectado con él; quizá entonces, desaparecida la conexión mágica con el caudillo, quede al desnudo la vocación burguesa del resto de sus dirigentes, si es que la izquierda ha sabido contrarrestar en el lapso intermedio las maniobras de captación que parten y partirán desde los diversos sectores reformistas que se consideren con derechos a heredar el movimiento.

Tal vez se considere a esta visión del peronismo demasiado pesimista e inadecuada políticamente. En las líneas que siguen vamos a precisar por qué nos parece que no es así. Y también procuraremos

demostrar cómo, una vez efectuada la desmistificación de este movimiento en su forma global, quedan grandes sectores de él que pueden contribuir —junto a la izquierda, o fundidos con ella— a la liberación nacional.

III

En el futuro inmediato —todo parece indicarlo— se acrecentará la presión del imperialismo norteamericano sobre los países de América latina. La conexión supragubernamental de los ejércitos latinoamericanos —algunos de los cuales, por lo demás, se han hecho ya cargo directamente del poder— y, a la vez, su subordinación colectiva a la actual estrategia global del gobierno de los EE. UU., es la última pieza de un mecanismo represivo cuya contraparte la forman el subdesarrollo, la miseria material y espiritual y una mentalidad colonial firmemente arraigada, en especial en el seno de las clases dominantes.

Nuestro país, según todas las suposiciones, no escapará a esta marea de violencia, en que cualquier intención progresista, aun aquella que sólo débilmente vulnere el *statu quo*, será estigmatizada con una palabra en la cual cada uno volcará sus personales resentimientos y el odio provocado por la supuesta (o real) agresión a sus intereses: comunismo. Es probable que entonces se vea, mejor que nunca, de qué manera nuestra burguesía nacional —tantas veces exaltada como conductora de un "frente popular" con vocación revolucionaria!— se encuentra objetivamente unida, cuando se trata de enfrentar a las fuerzas populares, a la oligarquía y aun más a los intereses imperialistas de los cuales depende y se nutre.

Para realizar el proyecto nacional de la izquierda, es decir, el proyecto socialista, advertimos, pues, que ninguna colaboración se puede esperar de las fuerzas burguesas en el momento decisivo. El peronismo, como movimiento global, se ha dicho ya, es una expresión objetiva —progresista en su momento, reaccionaria en una etapa más avanzada del proceso histórico— de la burguesía, y hay que esperar que su dirección, llegada la hora de la elección, defienda los intereses de su clase, enfrentada a otros conflictos y antinomias que en ocasión de su ascenso al poder en 1945. Sin embargo —y en este punto está posiblemente el origen del pánico que el peronismo desencadena en amplias capas de las clases dominantes— el movimiento peronista, aparte de haber logrado conquistas sociales y políticas irreversibles, ha conseguido liberar fuerzas sociales de incontrolable vigor. La clase obrera, al lograr a través del peronismo la participación política —aunque, por decirlo así, sin haberse

autoasumido como clase revolucionaria—, ha dado un paso después del cual es imposible retroceder, y cuyas últimas consecuencias sólo pueden agotarse con la adopción del proyecto socialista. El movimiento infraestructural que emprendió la burguesía apoyada en el peronismo generó en amplias capas de los cuadros medios y de las bases de éste una latente ideología revolucionaria; en estos elementos debe apoyarse la izquierda —puesto que, como lo hemos observado, en cierta manera los engloba—, y presentar la lucha, desde este mismo momento, a la dirección burguesa y a los velados intereses proimperialistas del movimiento.

El combatir simultáneamente a la dirección burguesa del peronismo y a los intentos de captación de la masa obrera por parte de los otros partidos reformistas, no significa que la izquierda, ya unida, no coincida en alguna acción política concreta —trátese de elecciones, frentes de lucha contra el imperialismo y la política represiva de las clases docinantes, etc.— con los mencionados sectores. Con todo, es evidente que aun en tales situaciones la izquierda debe buscar formas cada vez más diferenciadas de autonomía, decisiones prácticas y teóricas que tiendan, no a confundirla con los apologistas del *statu quo*, sino a construir una nueva imagen política, operativa y renovadora.

El problema objetivo que se presenta es el de la integración institucional de los sectores progresistas del peronismo en la organización revolucionaria de la izquierda. En rigor, hay una cuestión todavía más vasta: la de la institucionalización de esa misma organización. Hemos dicho que actualmente la izquierda está disgregada, pero no por ello carece de objetivos comunes y concretos. Su carácter anticapitalista (y por consiguiente antinorteamericano), revolucionario, socialista y nacional, basta para singularizarla y para tender un puente sobre otras diferencias minúsculas. Quizá en una etapa prerrevolucionaria, transicional, como la que se está viviendo, la acción de los pequeños grupos pueda ser decisiva. La izquierda que se halla dentro del peronismo tendrá que hacer, empujada por las circunstancias, la crítica de los dirigentes burgueses, y seguramente intentará arrebatarles la dirección del movimiento. No se trata de fracasar o triunfar en esta última lucha, sino de hacer comprensibles a las bases los intereses reales de cada sector en pugna. Por su parte, la izquierda que está fuera del peronismo —básicamente, los sectores intelectuales y políticos que han traspuesto las aguas del Jordán del liberalismo— podrá encargarse de la crítica superestructural de la sociedad burguesa, golpeando allí donde la presencia del imperialismo sea más solapada y peligrosa (la organización y difusión de la cultura de masas, la reorientación sutil del movimiento sindical, etc.), y encarará, además, la aproximación a nivel político con la otra parte de la izquierda, la endoperonista, por llamarla

así, no sin usar infinitos cuidados para no herir sus auténticas conexiones emotivas, de las cuales las herramientas críticas podrán separar el componente ideológico burgués.

Con toda seguridad la constitución de un nuevo partido revolucionario, basado en la unidad de estas dos tendencias y bajo la hegemonía de lo que hemos llamado nueva generación de izquierda, no es cosa fácil ni inmediata. Incluso es probable que el visible déficit, en nuestra generación, de individuos dotados *políticamente*, de buenos políticos, en pocas palabras, demore más de lo normal este nacimiento. Sin embargo, dada la desfavorable distribución de fuerzas y la situación nacional e internacional que debe enfrentar la izquierda, no parece existir otro camino. Asimilarse en el peronismo global sería, en el mejor de los casos, colaborar con el reformismo; alinearse junto a otras fuerzas, ni siquiera esto. No es importante que la izquierda se haga peronista, sino que el peronismo se haga de izquierda, que cuantitativa y cualitativamente sume sus fuerzas a la nueva empresa social. Muchas veces se ha dicho que la estructura misma de nuestra sociedad, con su densa clase media, impide cualquier empresa revolucionaria; si la izquierda no tuviera que oponer a este concepto tendencioso y temible, habría perdido su razón de ser. El partido revolucionario puede ser la respuesta, y tal vez el propio imperialismo, con sus torpezas y violencias, se apresure a darle existencia en la unidad.

JORGE A. CAPELLO

4. Hasta ahora hemos hablado de "movimiento peronista" y de "revolución popular" como si, por descontado, ésta estuviera —o en algún momento hubiera estado— ínsita en aquél. Tal es, nos parece, la actitud mental ingenua de todos nosotros. En efecto, sea cual fuere nuestra posición política, en mayor o menor medida, en este o aquel momento de su historia, todos nos sentimos inclinados a reconocer "aspectos revolucionarios" en el peronismo. ¿Existieron éstos, verdaderamente? ¿En qué, esencialmente, consistieron? ¿Subsisten todavía?

A fin de dar respuesta a estas preguntas vamos a partir de un concepto ya acuñado de revolución: el mismo concepto de que parte Sartre en "La filosofía de la revolución" (*Materialismo y revolución*, Ed. Dédalo, Buenos Aires, 1960):

"Para evitar todo supuesto —dice allí Sartre— adoptaremos la definición *a posteriori* que de la revolución da un historiador, Albert Mathiez: según él, hay revolución cuando acompaña al cambio de las instituciones una modificación profunda del régimen de propiedad. Llamaremos revolucionario —agrega Sartre— al partido o la persona cuyos actos preparan intencionalmente esa revolución".

El texto transcrito, tanto como los hechos, nos obligan a una doble consideración del peronismo: en primer término a la consideración del peronismo en el poder, y en segundo lugar a la consideración del peronismo proscripto, denominación en que comprendemos, asimismo, al peronismo actual. ¿Concretó el peronismo en el poder una modificación lo suficientemente profunda del régimen de propiedad como para que podamos hablar de revolución? Y luego: ¿preparan los actos del peronismo proscripto, intencionalmente, una modificación tan profunda de ese régimen como para que podamos llamarlo revolucionario?

No parece que pueda contestarse, en respuesta al primer interro-

gante, que el peronismo concretó una revolución. Antes bien, cuando se lo enfoca desde este punto de vista surge una cuestión interesante sobre la que parece necesario detenerse. Quienes alguna vez hayan incursionado por la lógica, habrán notado en seguida las vacilaciones a que la palabra "profunda" puede dar lugar en la definición de Mathiez-Sartre (compárese: ¿cuándo una pluralidad de objetos es o deja de ser "un montón"?). Sin embargo, en relación con la fuerza cuyos "aspectos revolucionarios" estamos investigando, vemos que la vaguedad de la palabra en cuestión carece de importancia, porque sea cual fuere el alcance que le demos, mínimo o máximo, la respuesta a nuestro interrogante será siempre la misma: no, el peronismo no concretó revolución alguna.

Esta sola constatación parece obligarnos al reconocimiento de una conclusión frecuentemente enunciada: dentro del movimiento peronista, la clase obrera, o las clases populares, actuaron como auxiliar de la burguesía nacional, auxiliar vigoroso, si se quiere, pero incapaz en su momento de imponerse a la clase conductora, a la que debe atribuirse, en consecuencia, la hegemonía política.

Aparte de decirnos algo que ya sabíamos, es decir, que el movimiento peronista no concretó una revolución, la consideración precedente nos muestra además como mera subordinación, vistos desde el punto de vista de los cambios estructurales, los "aspectos revolucionarios" que de manera ingenua estábamos dispuestos a reconocerle al peronismo. Esto, sin embargo, nos resulta insatisfactorio porque contradice *demasiado* nuestra conciencia inmediata del fenómeno, para la cual aquellos "aspectos revolucionarios" fueron "algo más" que la forma vigorosa, pero en definitiva subordinada, de expresión de las clases populares. Debemos, pues, profundizar el análisis hasta que se den con claridad las motivaciones de esa conciencia inmediata, tal vez errónea.

Volvamos, en procura de mayor claridad, a la fórmula de Mathiez-Sartre: "Hay revolución —nos dicen— cuando acompaña al cambio de las instituciones una modificación profunda del régimen de propiedad".

Ahora bien: ¿qué pasa cuando se produce un cambio en las instituciones sin una modificación profunda del régimen de propiedad?

De la definición de que partimos no se deduce que ese cambio no se haya dado, o que se lo considere imposible, sino que en los casos en que se dio no fue revolucionario, o que caso de darse no será revolucionario. En efecto, cambios estructurales darán siempre modificaciones superestructurales, pero cualquier cambio superestructural será aleatorio sin correspondientes modificaciones en la estructura y se inscribirá como convulsión o como aspecto evolutivo de la realidad, pero

nunca como revolución. El cambio súbito, acelerado, de las instituciones, sin una modificación profunda del régimen de propiedad, puede configurar así una apariencia de revolución, especialmente para la conciencia inmediata, para la que viva el fenómeno sin perspectiva histórica. Pero este desplazamiento, este suspenso, este desfase de las instituciones tenderá a recobrar su equilibrio por la simple vigencia de la organización estructural. Naturalmente, ninguna modificación del tipo que decimos ocurre sin consecuencias, y reformas significativas pueden tener lugar en la sociedad en que tal apariencia de revolución tenga lugar. Pero sólo reformas.

¿Fue, pues, el peronismo no más que una apariencia de revolución, una convulsión, un cambio profundo de determinadas instituciones a las que la subsistencia del régimen de propiedad volverá a la "normalidad"?

Diríase que, fundamentalmente, lo que se propone y en parte logra el peronismo—poder es un acceso de las mayorías a las instituciones burguesas, acrecentamiento cuantitativo que insinuará, pero sólo insinuará, cambios cualitativos —negaciones— que en su momento serán leídos como "tendencia revolucionaria", pero tendencia que en definitiva no se concretará justamente por nacer de un acceso a instituciones burguesas e importar, en consecuencia, la oposición de una negación que en esencia afirma y reitera los fundamentos de la positividad negada. (Mallarmé lo decía mejor: *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard.*)

5. Se impone, ahora, la descripción de ese acceder a las instituciones a que nos hemos referido en el punto anterior, para desentrañar luego su significación. Sin tal descripción no hay posibilidad de entender el fenómeno, y no haberla hecha y continuar sin hacerla abre paso a ideas tan abstractas como la de "demagogia" y la de "carisma", frecuentes todavía aun en la izquierda, y que importan, de hecho, un claro desprecio hacia la clase obrera, constituida, en esos esquemas, por engañados a quienes Perón o la "dirección burocrática" conducen a cualquier parte. (Ya veremos como más fértil —aunque no totalmente exacta, pues la explicación más correcta es, naturalmente, dialéctica— la hipótesis contraria, esto es, que Perón escucha cuidadosamente y en buena parte acata los designios de las clases populares.) Desde ya que, por razones obvias, no vamos a agotar aquí la serie de descripciones necesarias, como punto de partida, para abarcar el fenómeno, y apenas si nos detendremos un poco en el campo del derecho para mostrar más bien cómo entendemos debe ser cumplida esa tarea.

Cambios graduales en las instituciones económicas y jurídicas incian con Perón, mediante influencias recíprocas, un proceso que dará

por resultado, no en lo fundamental el cambio del *status* económico del trabajador —que sólo supera en parte el nivel lógico burgués para la plena ocupación—, sino fundamentalmente el cambio de su *status* jurídico. El peronismo crea para el obrero el derecho al derecho: pero a la idea burguesa del derecho. Según resulta lógico, sus reclamos como persona de derecho serán entonces los correspondientes a su condición material, aunque no será ya formalmente burlado, pues las garantías con que contará ante la ley —ante la ley burguesa— serán las mismas que las de la burguesía. Desde el punto de vista material, naturalmente, la burla subsiste, y aun es posible considerar que obtiene un seguro adicional, pues nunca resulta cuestionada la legitimidad del *status* burgués. Este es uno de los problemas del derecho laboral: recurrir a su "justicia" importa incorporarse al sistema. El *status* proletario es a veces contemplado en la decisión judicial (durante el peronismo), fallándose a favor del más débil por serlo, pero en ningún caso es cuestionado como radicalmente ilegítimo e injusto, lo que importaría cuestionar el derecho de la burguesía a ser burguesía y del tribunal a existir y aplicar leyes abstractas. Pero abstracta y todo, la ley se hace pareja. "La ley pareja", se sabe, es una farsa burguesa, pero con todo es una farsa que nunca se había representado en el país y a cuya concreción por primera vez acceden las clases populares. *No vanamente, ese reclamo, o la crítica a la burla de ese ideal —pues entre nosotros es un ideal—, es una de las más populares constantes del Martín Fierro.* Naturalmente, ese acceso al derecho por parte de las clases populares no depende de la ley, pues "hecha la ley, hecha la trampa", sino de quien la administra. El hombre argentino no cree en la ley, sino en quien la aplica. Un poco en esto debe verse el escaso reconocimiento de las clases populares a nuestro socialismo tradicional, cuyo fuerte es la ley. Las clases populares saben que la ley no significa nada, si no hay quien, detrás, respalde la demanda a su cumplimiento, y sabe también que este respaldo vale más que la misma ley. Y por primera vez, con Perón, el pleno poder del Estado —que Perón detenta— respalda esa demanda. La parcialidad del respaldo se vuelca a favor de una clase —siempre en el sentido formal que dijimos. "Lo mejor que tenemos es el pueblo." "Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista." Basta, pues, ser peronista —y ni siquiera será necesario serlo, pues peronista es la mayoría abrumadora de la clase trabajadora y bastará pertenecer a ella para ser peronista de hecho— para disponer de un derecho formalmente equivalente al de la burguesía. Y esto se debe a las virtudes, no de la ley, sino de Perón: *lo cual no es para nada una idea subjetiva de la clase trabajadora, sino una realidad estrictamente objetiva* (esa idea es subjetiva sólo en este sentido: que no ve en Perón al repre-

sentante de un proceso). La conciencia de clase se constituye, así, como conciencia peronista, lo que importa una negación dentro de la afirmación del derecho formalista burgués involucrada por todo el proceso, en este sentido: el proceso, según lo describimos, involucra una afirmación del derecho burgués, al que acceden y en el que se ejercitan las clases populares, pero ese acceder no involucra confianza en la pretendida universalidad de ese derecho —negado, así, en uno de sus aspectos esenciales—, por cuanto no es el trabajador en abstracto el que accede a aquel derecho, sino el trabajador bajo la protección de Perón. *Esto debe ser visto como un aspecto positivo*, pero al mismo tiempo involucra un aspecto negativo, pues dificultará el paso de la “conciencia peronista” a una menos dependiente conciencia de clase, es decir, a la conciencia del obrero de que es él como clase el que determina los derroteros. Pero esto, esta conciencia, sería ya teoría, y el hombre argentino no cree en teorías: una teoría es, para él, una promesa, y una promesa es, en todos los casos, un engaño, un señuelo. Lo teórico es lo que se dice, y lo que se dice es de los decidores, de los doctores.

(Otro fértil camino para ilustrar nuestras afirmaciones lo constituye Evita, cuya vida y obra muestran claramente la negación-reiteración de las instituciones burguesas.)

Luego de escrito lo que antecede, quise releer el *Martín Fierro*, al que hacía mucho tiempo que no volvía: buscaba, en la relectura, la ilustración concreta de alguna de mis aseveraciones. Esa relectura me dio mucho más, y me permite afirmar:

1) No creo haya en el resto de la literatura universal de su tiempo una obra que refleje mejor que la de Hernández, *literariamente*, la problemática marxista. Se impone, a mi juicio, una meditación marxista del *Martín Fierro*. Considérese:

.....
Pero esto poco me aflige,
y le contesto a mi modo:
la ley se hace para todos,
mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña,
en mi inorancia lo explico.
No la tema el hombre rico;
nunca la tema el que mande,
pues la rumepe el bicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia:

nunca puede ser pareja.

El que la aguanta se queja,

pero el asunto es sencillo:

La ley es como el cuchillo:

no ofiende a quien la maneja.

2) Una prolija relación entre el poema y el peronismo permitiría aislar ciertas constantes que pienso pueden ser decisivas para la comprensión del peronismo. Creo que la obra de Hernández anticipa el espíritu del peronismo, y que de ninguna manera es gratuito que *Martín Fierro* sea lo único que el pueblo —el pueblo peronista— conoce o “siente” de nuestra literatura.

Una y otra afirmación son, por el momento, algo arbitrarias, mera intuición, materia a confirmar, pero más que por lo que afirman, las asiento por la dirección que sugieren, que me parece políticamente necesaria (es obvio, empero, que no se trata de forzar la realidad, de ver en ella cosas que no existen, sino de desentrañarla a partir de los nuevos o más agudos intereses que determina el presente, intereses que son, justamente, políticos). Comprendo, además, que al decir esto, al hablar de la necesidad o justeza de esa dirección, no hago sino fundar una intuición en otra: pero aparte de tratarse de temas a los que en algún momento he de volver, considero que lo que voy diciendo respecto al peronismo en estas notas constituye un paso conveniente para la mejor comprensión, ya de esa dirección, ya de las relaciones mismas asentadas en 1) y 2).

En el punto que sigue voy a tratar de localizar, de ver quiénes son y qué representan, en la historia y en el presente, los actores de ese acceder a las instituciones burguesas de que vengo hablando.

6. “La primera edición de *Facundo* (*Civilización y Barbarie - Vida de Juan Facundo Quiroga*) fue publicada en Santiago de Chile - Imprenta del Progreso— en el año 1845”. (*Facundo*, Ed. Estrada, con notas de Delia S. Etcheverry.)

En la primavera del mismo año, 1845, Marx escribe las tesis sobre Feuerbach. (Marx-Engels: *Obras escogidas*, Moscú, en castellano.)

El establecer una relación entre Sarmiento y Marx, a partir de su contemporaneidad, me parece importante porque el pensamiento del filósofo delinea las limitaciones del pensador argentino y nos lo muestra, en ese sentido, en su real dimensión: como representante inconsciente, no lúcido, de los factores históricos de su época. Para Marx —su contemporáneo, repitémoslo— Sarmiento habría sido un ejemplo

de sus afirmaciones teóricas. (No vanamente declara Sarmiento: "Este estudio —el de la sociedad argentina— que nosotros no estamos aún en estado de hacer, por nuestra falta de instrucción filosófica e histórica..." *Facundo*, 6, 13.)

Dice Marx:

"La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ejemplo, en Roberto Owen)."

Si en este primer párrafo de la tercera tesis sobre Feuerbach reemplazamos el nombre de Owen por el de Sarmiento, entenderemos mejor, me parece, un importante aspecto de nuestra historia.

Facundo, con su esquema básico de Civilización y Barbarie, es, sin duda, un libro clave para la comprensión de nuestra realidad, pero no digo esto en el mismo sentido en que Martínez Estrada lo decía, pues Martínez Estrada veía en la prolongación o subsistencia de algunas representaciones de Sarmiento, en el mismo sentido en que éste las estableció, esquemas válidos para la comprensión, aun, de nuestra historia actual, de nuestra contemporaneidad, en tanto que yo veo justamente en nuestra historia actual un cambio de signo del esquema fundamental de Sarmiento, en la medida en que (de manera muy general: luego vendrán las determinaciones) veo como civilización lo que Sarmiento llamaba barbarie, y como barbarie lo que Sarmiento llamaba civilización: hablo, naturalmente, de la relación peronismo-antiperonismo. Más todavía: mi afirmación contradice a la de Martínez Estrada también en lo que hace a la validez del esquema sarmientino por lo que se refiere a su época, por lo que se refiere al período histórico que Sarmiento vivió y sintetizó en *Facundo*, pues su época, justamente, permitía a Sarmiento conocimientos suficientes como para dar a sus esquemas otro contexto teórico y hacerlos menos rígidos, menos fijos, más dialécticos, como lo prueba el transcripto pasaje de Marx. Naturalmente, no es el caso de reprocharle al sudamericano no haber sido Marx, pero un análisis contemporáneo no puede eludir la constatación de aquella insuficiencia.

"La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana —concluye la tercera tesis de Marx sobre Feuerbach— sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica (práxis) revolucionaria."

Sin duda, Sarmiento no era un revolucionario, en el sentido que se desprende de la afirmación de Marx. Tal vez lo que más adecuadamente quepa decir de Sarmiento es que fue un revolucionario burgués, pero con retraso, es decir, en momentos en que los términos de la expresión encierran ya una paradoja, una contradicción: en momentos en que la burguesía ha dejado ya de ser revolucionaria. Sarmiento recoge lo mejor de la ideología burguesa, los "ideales", los aspectos iluministas, lo más avanzado del pensamiento burgués anterior a Hegel y lo transforma en *deber ser* para una sociedad de la que no alcanza a dar cuenta, no sólo por ser su enfoque burgués —justamente en momentos en que la crítica marxista muestra ya lo que luego demostrará: la insuficiencia de ese pensamiento—, sino principalmente por su acentuar, aun dentro de ese marco ideológico, el *deber ser* por sobre la *positividad*. La sociedad resulta así dividida en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad. Como para muchos de nuestros actuales y encumbrados sociólogos, lo que es positivo para esa parte de la sociedad que está por encima de la sociedad es positivo para toda la sociedad, pues en esa concepción la sociedad es un todo y no una totalidad estructurada. El siguiente pasaje de *Facundo* ilustra bien lo que decimos, y particularmente su acentuar el deber ser por sobre la positividad aun dentro del marco ideológico burgués:

"M. Guizot ha dicho desde la tribuna francesa: 'Hay en América dos partidos: el partido europeo y el partido americano; éste es el más fuerte'; y cuando le avisan que los franceses han tomado las armas en Montevideo y han asociado su porvenir, su vida y su bienestar al triunfo del partido europeo-civilizado, se contenta con añadir: 'Los franceses son muy entrometidos, y comprometen a su nación con los demás gobiernos'. ¡Bendito sea Dios! M. Guizot, el historiador de la civilización europea, el que ha deslindado los elementos nuevos que modificaron la civilización romana y que ha penetrado en el enmarañado laberinto de la Edad Media, para mostrar cómo la nación francesa ha sido el crisol en que se ha estado elaborando, mezclando y refundiendo el espíritu moderno; M. Guizot, ministro del rey de Francia, da por toda solución a esta manifestación de simpatías profundas entre los franceses y los enemigos de Rosas: '¡Son muy entrometidos los franceses!'." (*Facundo*, 9, 8.)

Sobrecoge un poco ver el someterse de Sarmiento a la "universalidad" de la ideología burguesa, particularmente frente al realismo de Guizot.

Comparar sin mayores recaudos el pensamiento de Sarmiento con el de Marx puede encerrar un poco de mala fe, pero se trata de una relación referida al presente —según se verá luego con mayor claridad—,

es decir, de una relación forjada —forzada— para ver más lúcidamente ese presente, y eso la justifica. Desde ya, caben preguntas metodológicamente más correctas que efectuar en relación con el período que estamos analizando, y fundamentalmente: ¿responde Sarmiento a una necesidad estructural de nuestra sociedad, y es en consecuencia determinante del progreso de la misma? Se trata de una pregunta que, sin embargo, no nos formularemos aquí, pues nuestros intereses —los de este trabajo— no son históricos, sino estrictamente políticos, o, dicho de otra manera, son históricos sólo en la medida en que buscan los orígenes de una ideología todavía operante y cuya puesta en claro ofrece un interés político. Ocuparnos de aquella pregunta carece para nosotros, aquí, de sentido, en cuanto importaría ocuparse de una cuestión que los hechos han cerrado, ya que el presente no reitera la oportunidad para la burguesía que en todo caso representó Sarmiento en su momento, *si es que efectivamente la representó*. Además, y ya se ve por la restricción, ocuparnos de esa cuestión nos llevaría naturalmente, como de la mano, a la polémica sobre Rosas y Sarmiento. Ahora bien, para nosotros, esa polémica es, de hecho, estrictamente burguesa (lo cual no significa enteramente inútil), pues quienes la alimentan transforman sus investigaciones en una especie de complacencia para concepciones erróneas del presente: lo que principalmente les importa es modificar el pasado y adecuarlo a su estrechez teórica actual (como si se dijera: "Hasta ahora no hemos hecho sino contemplar la historia; ahora bien, lo que importa es modificarla"); van al pasado con las categorías del pasado no por razones metodológicas sino porque el pasado se prolonga en ellos, no como presente, sino justamente como pasado.

¿Comprende esto que afirmamos sólo a quienes sostienen la polémica desde una posición reconocidamente burguesa o aun a quienes la sostienen desde una posición declarada de izquierda?

Nosotros diríamos que a unos y a otros.

¿Es esa diversa concepción del pasado —la de una y otra izquierda— el resultado de una divergente interpretación a partir de un mismo suelo teórico, presente y correcto (el marxismo-leninismo), o antes bien reitera el presente, es el presente resultado de concepciones diversas que pertenecen al pasado? De otra manera: ¿qué seguridad tenemos de que el conjunto de la izquierda no reitera en el presente la alienación que en su momento significan tanto Rosas como Sarmiento, o, según los conceptos que antes empleara para caracterizarlos, la positividad y el deber ser iluminista?

De hecho, el actor de la revolución a que aspiramos, es decir, la revolución proletaria —o popular—, es el residuo del cual no dan cuenta ni uno ni otro aspecto de esa política burguesa: es el actor que Sar-

miento localiza en *Facundo* como barbarie y para el cual propone soluciones que lo dejan intocado y al cual veremos emerger con el peronismo reproduciendo muchos de aquellos aspectos que hemos nosotros conceptualizado como positividad, pero superándola y constituyéndose por primera vez en nuestra historia en un movimiento político capaz de representar y de imponer verdaderos intereses universales.

Ahora bien: de lo que no estoy seguro es de que las relaciones de nuestra izquierda con el peronismo no estén un poco determinadas por esos aspectos burgueses de nuestro pasado histórico y de nuestro presente político: el apoyo, por esos aspectos de la positividad que el peronismo reproduce, y el desacuerdo, por la imposibilidad digamos iluminista de ver en esa fuerza, como aspecto decisivo y definitorio, al educador del educador de que nos habla Marx.

Dice Gramsci:

"La vuelta a *De Sanctis*. ¿Qué significa la consigna de Giovanni Gentile «¡Volvamos a *De Sanctis*!» Y a su vez: ¿qué significado puede y debe llegar a tener? ¿Significa «volver» mecánicamente a los conceptos que desarrollaba *De Sanctis* en torno al arte y la literatura, o significa asumir con respecto al arte y la vida una actitud similar a la asumida por *De Sanctis* en su tiempo? Si concebimos esa actitud como «ejemplar», hay que establecer: 1) en qué ha consistido tal ejemplaridad; 2) qué actitud es la que corresponde hoy, es decir, qué intereses intelectuales y morales corresponden a aquellos que predominaron en la actividad de *De Sanctis* y le imprimieron una dirección determinada".

De la misma manera, podemos decirnos nosotros que, si consideramos «ejemplar» la actitud de Sarmiento en su época y si —por tanto— queremos volver a él no mecánicamente, debemos estar por sobre todo atentos al espíritu educador del peronismo y profundizarlo. "Alpargatas sí, libros no" es, en tal sentido, una consigna sarmientina de la que todavía no hemos extraído todas las consecuencias.

NOTA DE LA REDACCION: Los dos trabajos que se publican en el presente número sobre el peronismo, y que por esta única vez limitan el espacio que Cuadernos de Crítica destina a la crítica específicamente cultural, reflejan puntos de vista diversos respecto a este problema de la vida nacional. El artículo de Capello es la continuación del aparecido en nuestro número anterior; en cambio, el trabajo de Gregorich —representativo, con algunas diferencias de matiz, del pensamiento de los otros tres miembros de esta redacción— constituye un enfoque unitario. Nos vemos obligados a comunicar a nuestros lectores que el artículo citado es el último que Capello publica en Cuadernos de Crítica y señala su alejamiento de la revista. Su tratamiento del fenómeno peronista —y particularmente el paralelo ideológico entre el Martín Fierro y el peronismo, aquí apenas enunciado— será completado el año próximo desde las páginas de Discusión, que habrá de reaparecer.

Uno de los aspectos más importantes de la historia de la literatura argentina (y latinoamericana) es el enfrentamiento que se da en la narrativa (y aun en la poesía) entre obras de ambiente rural y obras de ambiente urbano o ciudadano. No pocos críticos se han ocupado de esta cuestión; han observado que las obras más considerables o más trascendentes o estéticamente más logradas son de ambiente campesino (gauchescas o no); en cambio, las de ambiente urbano son frágiles, estéticamente frustradas, emiten débiles mensajes. Este hecho ha recibido diversas interpretaciones (Alberto Zum Felde, David Viñas¹) que explican el fenómeno o bien indagando en los mecanismos de los que resultaría consecuencia. Personalmente se me ocurre que omiten considerar la relación autor-público para entender históricamente este asunto, menos arduo de lo que se lo presenta. Es decir: la mayor producción de obras importantes de tema rural corresponde a un alto grado de interiorización de la estructura rural de nuestro país: el campo, cuya potenciación económica ha regido toda nuestra vida social, crea modelos, proyecta ideologías y valores, se introduce en las conciencias como única realidad valiosa, pasa a la categoría de símbolo, cubre, por fin, todas las mediaciones. Y el público, aun el urbano, escucha este lenguaje

¹ Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, Guaraná, México, 1959. David Viñas, "Benito Lynch: la realización del Facundo", *Contorno* N° 5/6, 1955.

como el único comprensible y crea una zona de obligatoriedad espiritual para el que escribe.

Pero el predominio de obras de ambiente rural no perdura; a partir de cierto momento empiezan a interesar más las obras ciudadanas y lo que era debilidad y confusión en las iniciales se torna fuerza y expresividad.² En los últimos años, la relación tan clara y aparentemente firme se ha invertido totalmente; ahora las obras urbanas son las más logradas y las de ambiente campesino se adscriben fatalmente en la retórica, están en la práctica descartadas de toda consideración literaria.³ Este hecho corrobora la interpretación del momento anterior: apenas la estructura económica agropecuaria, que no desaparece, es puesta en cuestión y sobrevienen nuevas salidas para el país, lo rural como interpretación del mundo cede paso y lo urbano se torna interrogante apasionado, es la cifra de la comprensión de la vida. La industria y el comercio entrevistados como dimensión concreta alteran modos que parecían definitivos y, peor todavía, que eran presentados como esenciales, y los desplazan hacia los que brotan de la ciudad. Lo notable, para la literatura argentina, es que la obra que cierra el ciclo rural y la que abre de manera indiscutible el urbano aparecen en el mismo año como cediendo una a la otra un conjunto de tributos apreciables o reconocibles por el público. Es en 1926 y las obras son *Don Segundo Sombra* y *El juguete rabioso*. Y para confirmar que el ciclo rural ya no da para más, en el mismo año también aparece *Zogoibi*.

Es claro que el esplendor de la narrativa rural no excluye una interpenetración de conceptos urbanos; en cambio, la narración urbana considera elementos rurales a lo sumo en cuanto tiene en cuenta factores políticos que pueden ser resultantes mediatos del agrarismo de fondo.⁴ En la narración rural lo urbano es conflictuado, obra como telón de fondo problemático, es un sordo contradictor que generalmente gana la partida: eso lo vemos en *Martín Fierro*, en las novelas de Lynch y aun en *Don Segundo Sombra*; en ninguna de ellas falta la dialéctica civilización (ciudad) — primitivismo (campo): los personajes, las situaciones, los motores históricos, cargan con el conflicto y fatalmente proponen como solución el triunfo, en general deprimente y solapado, de la ciudad, todo lo contrario, como sabemos, del esperanzado mensaje de Sarmiento en el *Facundo*. Llama la atención que no

² Desde *Amalia* hasta Roberto Arlt puede trazarse una línea evolutiva ininterrumpida.

³ Tal vez como excepción, véase *Campo Guacho*, del puntano Polo Godoy Rojo.

⁴ Las *Diversidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, de Roberto Payró, es un buen ejemplo de esta relación entre política y estructura agraria. Véase también *Fin de fiesta*, de Beatriz Guido.

obstante la claridad de soluciones como estas, que sin duda proceden de un sentimiento específico y reconocible, el público en general, preferentemente de clase media urbana, haya podido sentirse tan representado por estas obras, que las haya sentido tan paradigmáticas y referenciales.⁵

Lo que queda de todo esto es que la división, la oposición mejor dicho, entre urbanismo y ruralismo en la literatura argentina es plenamente aceptada, parece casi obvia y se ha convertido, inclusive, en una categoría que da que pensar a los críticos literarios más importantes. Es en función de ella que Ricardo Rojas reconoce a los gauchescos y los aísla dentro de su *Historia*, lo cual sirve a sus discípulos para seguir profundizando esos dos cauces principales.⁶ Nadie deja de tener en cuenta esta relación y alguno trata de explicarla por medio de razones no convencionales. Los esfuerzos concurren y el todo provee una imagen en apariencia muy dinámica y dialéctica de la historia de la literatura argentina, como si se procurara mostrar movilidad y compartimientos, pero también que en el fondo tales movimientos son internos dentro de una unidad, de una homogeneidad. El contraste de que hablamos, que desde luego no agota el sistema crítico de nadie, generalmente por encima de este tema tan restringido, sirve en todo caso para rescatar una idea de organismo que está en proceso de consolidación. Lo dinámico es ese proceso, pero dentro de un cuerpo al parecer inmóvil. Tanto es así que, dentro de esa oposición, se suelen definir pautas rectoras que resultan esencialmente confluyentes y no divergentes, planos sintéticos que desatan conflictos que de no resolverse amenazarían esa unidad fundamental que es la Literatura Argentina. Los conflictos, cuando se asumen, son presentados como matizaciones de un mismo objeto, gracias a lo cual desaparecen como tales cerrando de paso las fisuras por las que pudiera deslizarse la realidad. Se destaca, por ejemplo, que el romanticismo se impone a un ineficiente neoclasicismo, que los escritores del modernismo desalojan un caduco postromanticismo y universalizan la palabra americana, que el primer vanguardismo cuestiona a Lugones fundando sobre esta actitud crítica una literatura moderna,

⁵ Hay dos perspectivas para considerar este problema: la fuerza estética desborda las contradicciones y abre planos de significación que dejan atrás lo ambiental y aun lo que el autor se ha propuesto, o bien el público es víctima de la trampa idealista por la cual lo conflictivo cultural cede el lugar a una presunta esencialidad que se lleva todo en el ánimo del lector, haciéndole sentir que de la derrota que suele acompañar las historias campesinas se incorporan valores eternamente apreciables. Para hacer crítica a los autores rurales, ambas perspectivas se funden y proporcionan una buena base.

⁶ Enrique Williams Alzaga, *La pampa en la novela argentina*.

pero los agrupamientos o niveles terminan por ser de reconciliación acrítica, en la que similitudes humillantes se hacen desaparecer para mayor brillo de la homogeneidad.

En un nivel muy exterior, entonces, no hay negativa por parte de los historiadores a considerar más o menos dialécticamente la historia de la literatura argentina, pero lo que falta es una sistematización en tal estudio con un sentido dialéctico que la arranque de lo indistinto y ayude a percibir las profundas escisiones que la conmueven, ayudando también a mostrar que la pretendida unidad es solo de denominación, pues los objetos concretos que la forman participan de las escisiones que emanan de la realidad misma. En el fondo, el desdibujamiento de las tendencias, el achatamiento de las aristas y de las divergencias, responde a la búsqueda, o a la afirmación, de una esencia argentina que, por encima o por debajo de relaciones históricas concretas, como universo que sobrevuela limitaciones humanas, diluye contrarios, subsume diferencias.

En la medida en que esta forma de considerar la literatura tiende a homogeneizar, se inviste de una buena fe, de una buena voluntad por la que de una manera u otra, por un camino u otro, todos estemos cubiertos. Bajo esta inocente protección se oculta en realidad una violencia que exige permanentes tributos; el principal consiste en no tolerar que lleguen a nivel de la conciencia las divisiones, lo cual engendra una especie de policía cuya tarea consiste inicialmente en recoger los rasgos que caracterizan la obra de los miembros que la integran convencida y espontáneamente; el segundo paso es el trazado de un cuadro que incluye tales rasgos y que representa la totalidad y las posibilidades de la esencia perseguida: nada más natural, entonces, que dicho cuadro se torne paradigmático. Por el otro lado, aquellos que no contribuyeron de entrada en la formación de la imagen, son sometidos a un proceso consistente en aislamiento, congelamiento y, finalmente, anexión, cuando se ha tenido el tiempo necesario para que la peligrosidad del marginal disminuya y se puedan descubrir en él esos rasgos comunes que permiten la aparentemente generosa incorporación.

Pero, por otro lado, no es posible entenderse si no se piensa que ninguna tendencia podría reivindicar el título de literatura argentina para sí dejando fuera otros modos o intenciones. Todas las líneas componen lo que denominamos "Literatura Argentina" y todas responden a ciertos aspectos, positivos o negativos, delezables o ricos, del hecho argentino. Lo que pasa es que los historiadores, más o menos oficiales, presionados seguramente por esta circunstancia tan general, avanzan sobre la denominación y tratan de ubicar las esencias, las "constantes", o cualquier andarivel para reducir lo conflictivo y apartar la literatura

de su relación con la realidad y su posible acción sobre ella. Y, mientras no se hagan las delimitaciones necesarias, esta actitud confusa dará resultados confusos o clasificaciones que parecen muy sólidas cuando en verdad no son, en el mejor de los casos, más que retóricas. Es cierto que existen reacciones muy enérgicas contra este simplismo; ensayistas recientes trabajan la literatura argentina buscando en ella las pistas que permitan ampliar la comprensión de la vida toda de este país.⁷ Y se ven por lo tanto obligados a luchar contra métodos momificados, contra esquemas que reducen toda complejidad a un verbalismo por el cual la historia de la literatura es un sucederse de episodios personales, de presuntos importantísimos contenidos que no terminan nunca de ser iluminados en relación con la existencia de esos otros que esperan de la historia de la literatura una ampliación de los sentidos que por sí mismos, restringidamente, pudieron percibir. En todo caso, vistos esos primeros esbozos no tradicionales, parece necesario plantear una revisión de las concepciones recibidas en materia de historia de la literatura. Nada me parece más adecuado, para empezar el análisis, que retomar la idea antes anunciada de las escisiones, de las oposiciones que torturan el acervo literario nacional y que, solo consideradas en ese ritmo de negación-afirmación, pueden proporcionar alguna luz no ya sobre el origen de nuestra literatura sino fundamentalmente sobre su desarrollo y continuidad. El futuro queda excluido del terreno del análisis; lo que voy a tratar de sugerir es una manera de penetrar, un rumbo para que las verdaderas diferencias recuperen su sentido y las falsas dejen de ocupar la atención y de crear problemas ficticios.

Partimos de la oposición primera entre literatura-urbana y literatura de ámbito rural. Si examinamos cada sector por separado advertiremos que tampoco en el sector reina la unidad; aparecen nuevas oposiciones, algunos de cuyos términos se conectan con los que surgen de un examen del otro sector; hay una interconexión que va trazando, a medida que se pone en evidencia, una compleja trama: ciertos elementos que pertenecen al urbanismo reaparecen en la literatura rural, y a la inversa; esto se verifica en cuanto se va penetrando críticamente en las obras respectivas, es decir, a medida que dichas obras son revisadas en niveles sucesivos y cada vez más integratorios de comprensión, a medida que se abandona el campo convencional de la expresión y se atiende a la sustancia residente en ella. Es decir, que se descubren actitudes comunes a escritores de ambos sectores aun conservando la opo-

sición principal. Estas actitudes configuran verdaderas tendencias que se contraponen en un nivel más profundo, y, correlativamente, la oposición inicial se va trivializando, va perdiendo peso, demuestra que apareció simplemente a partir de un literalismo, de una superficial consideración o, peor todavía, de una caracterización lingüística no muy difícilmente reconocible. Ahora bien, el establecimiento de estas actitudes comunes no implica un paso atrás en la crítica inicial al intento tradicional de limar diferencias; ofrece una nueva perspectiva para que las diferencias aparezcan en su dimensión verdadera, de modo que las obras puedan ser ubicadas no en relación con valoraciones puramente objetivas sino en cuanto a su grado de incidencia sobre la realidad, vale decir sobre el público.

Creo que podemos hacer un esquema bastante completo de actitudes opuestas que demostrarían por una parte una constante bipolaridad en todo el transcurso de nuestra literatura; por otra, que las oposiciones puestas en descubierto nos enfrentan muy inmediatamente con la realidad que las ha engendrado.

La oposición de índole más general y evidente, que explica, y por lo tanto engloba, a la ahora desacreditada entre urbanismo y ruralismo, se da desde la fundación de la literatura nacional entre legitimidad y representatividad, como dos actitudes permanentes, militadas por escritores urbanistas y ruralistas, pero visiblemente surgidas del particular enfrentamiento entre una literatura de civilización y una semi-silvestre, conocida como la gauchesca. La idea de este enfrentamiento ha sido sugerida por los trabajos de Martínez Estrada, para quien los gauchescos desafiaron, además de las tesis, las obras de los integrantes del Salón Literario; de algún modo Hernández, para Martínez Estrada, agredió mediante la gauchesca a la cultura de la que procedía, poniendo en evidencia la situación total de ambos sectores. De este encontronazo, que culmina en la obra de Hernández, se desprenden los términos que hemos contrapuesto: idea de legitimidad aplicada a la literatura y sentimiento de representatividad.⁸

La explicación de ambos términos otorgará sentido a la oposición y hará surgir lo que desencadena. Legitimidad es, para empezar, un concepto que define la intención de algunos de imponer una literatura que suponen adecuada a la realidad según normas de reflexión ajenas o externas respecto de un desarrollo propio de la literatura misma. Es la literatura que esas personas, luego de un análisis completo de la situación social, política y económica de las provincias recién liberadas de España, consideraron que debía ponerse en práctica. Fue el análisis

⁸ Ezequiel Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (Lo gauchesco), México, F. C. E., 1948.

⁷ Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, 1962; David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964; Oscar Masotta, *Roberto Arlt, sexo y traición*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965.

el que determinó las formas a adoptarse, los tonos convenientes, las modalidades e incluso los temas, y no una continuidad literaria, un conjunto de modalidades preexistentes. Y lo que se preconizó puede ser denominado literatura legítima en el sentido de lo que se supone que corresponde, y además porque surge de un dictado, de una ley y, en último término, porque siendo lo que corresponde hacer ilegaliza toda desviación. Es evidente que esta actitud incluye un voluntarismo, variablemente presente en las obras que podrían reconocerse como incluyéndose en esa legitimidad.⁹ Es claro también que el voluntarismo tiene paliativos según la sinceridad o la profundidad con que se lo practica: los hombres del Salón Literario, que fueron quienes codificaron lo que había que hacer, también procuraron recoger modos tradicionales, formas populares que quisieron integrar aunque siempre con deliberación: lo que subsistió es la teoría de la integración: las obras han quedado encerradas en el concepto, y si de cuando en cuando transmiten una realidad rompiéndolo es sin advertirlo, acaso porque la realidad es más fuerte que la voluntad.¹⁰ Pero la legitimidad no es capricho ni postura sino una respuesta histórica: ser independientes en política implicaba la necesidad de ser independientes en literatura y eso obligaba a crear formas nuevas que, como no podía ser de otro modo, debían extraerse del modelo que representaba mejor, de acuerdo con el análisis, la salida para esos designios, es decir, el modelo francés.^{11 y 12}

⁹ Esteban Echeverría, *Primera lectura en el Salón Literario*: "Os he bosquejado, señores, el carácter de nuestra época y el estado de nuestra cultura intelectual. Ahora bien: en vista de esos antecedentes, ¿qué debemos hacer? ¿Cuál será nuestra marcha? ¿Se cree acaso poder con escombros y ripio echar los cimientos de un grande y sólido monumento? ¿Se piensa con vagas e incompletas ideas, con teorías exóticas, con fragmentos de doctrinas ajenas, echar la base de nuestra renovación social?" "Al conocimiento exacto de la ciencia del 19º siglo deben ligarse nuestros trabajos sucesivos. Ellos deben ser la preparación, la base, el instrumento. En suma, de una cultura nacional verdaderamente grande, fecunda, original, digna del pueblo argentino, la cual iniciará con el tiempo la completa palingsencia y civilización de las naciones americanas."

¹⁰ Véase David Viñas, *op. cit.*, Los dos ojos del romanticismo.

¹¹ Juan B. Alberdi fundamenta con vehemencia esta inclinación por lo francés en su *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (Conclusión), Buenos Aires, Hachette.

¹² Pero el ejemplo más flagrante de voluntarismo, es decir la legitimidad, lo propone la literatura neoclásica de Mayo, que no lo codificó. Esta literatura, sensible sin duda al hecho político exterior, estaba incapacitada, en virtud de una cultura dada que sobrevolaba la magra realidad, para interpretar el hecho histórico que sus hombres estaban viviendo. La superposición de cultura sobre realidad está documentada: *La lira argentina* (1824), *La abeja argentina* (1825).

La última connotación de la idea de legitimidad considerada como actitud consiste en la satisfacción que encuentra al realizar un característico y obligado movimiento de adulteración de la realidad, cuyas pautas brutas rechaza hasta el desdén o la ignorancia total.

La representatividad se plantea como término opuesto y alude a la presencia de lo real inmediato, no mediatizado más que por el lenguaje y no por un sistema más o menos hábil de designios; las formas de expresión que surgen como condicionadas por relaciones ambientales no solo no se quieren omitir sino que se busca asumirlas; en virtud de ello, el sentimiento de representatividad implica una expresión no deliberada de lo existente, caracterizada teóricamente por un espontaneísmo que muchos encuentran en o atribuyen a la literatura gauchesca¹³, que, en esta interpretación, serviría también como ejemplo de la representatividad para la época de fundación de nuestra literatura. Es claro que la literatura gauchesca no es una consecuencia natural ni necesaria de la tradición payadesca sino que nace de una deliberación bien ubicable históricamente¹⁴; sin embargo, esta deliberación no cuestiona lo representativo, por cuanto se limitó a una ocurrencia que, sin pretender de entrada dotar de un lenguaje a una realidad total, pone en evidencia una zona no asumida por la totalidad formal pero que se siente ella misma-totalidad. Y si dentro de esa ocurrencia hay un tributo a la forma aceptada, pues no se formula ninguna rebelión, ese tributo es el mínimo que se concede (lo cual significa que no se concede nada) a una comunidad cultural que rechaza lo que dicha poesía implica. La deliberación que está en la base de la poesía gauchesca es puramente astucia y no un proyecto de sistema: busca persuadir a los hombres cultos de que deben prestar atención al mundo bárbaro que se les muestra.

Lo gauchesco no agota esta actitud; en términos generales, reaparece en la literatura sencillista, en el teatro popular (sainete), en el boedismo (aquí lo representativo se adultera a causa de un misionarismo que exige, para ser llevado a cabo, una fuerte dosis de designios políticos, ideológicos o humanitarios pero en general mentales), en la poesía del tango. Es interesante consignar que, salvo tal vez en el sainete, la actitud representativa no aparece en estado puro sino interferida por elementos que proceden de la zona legítima y que dan un tono de hibridez pintoresca a las manifestaciones donde se produce el

¹³ Carlos Alberto Leumann, *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*, Buenos Aires, Raigal, 1953.

¹⁴ A Bartolomé Hidalgo se le ocurre alentar a los soldados gauchos de los ejércitos de la Independencia hablándoles en un lenguaje que ellos podían entender y no en la jerga inflada de los neoclásicos.

cruce. Se podría anotar, de paso, que la incapacidad de la literatura legítima de aceptar lo representativo tiene dos consecuencias: acentúa el pintoresquismo de expresiones espontáneas mechadas de culturalismo e impide la aparición de una literatura integrada, a nivel de cultura en todos los planos, habiendo asumido culturalmente la materia que provee la zona de representatividad.

Sea como fuere, puede observarse que durante años no hubo conciliación entre estos dos enfoques del destino literario nacional: la literatura legítima, concebida como conjunto de formas y temas que rellenaban una especie de reino perfectamente ordenado y dirigido, era lo que había que hacer, en tanto que la representativa era la que se hacía a pesar de la otra, buscando negarla, agrediéndola con su inmediatez. Por momentos, sin embargo, la conciliación se produjo o, por lo menos, existieron tentativas de no ignorar los dos polos centrales del proyecto literario argentino, en un afán de superar las limitaciones de ambos y con vistas a lograr una expresión más universal y real que, cuando se dio, no estuvo alejada ni de la realidad ni de las perspectivas que sobre ella provee la cultura.¹⁵

La literatura legítima tuvo de entrada un enérgico carácter mental y, como requería ayuda de experiencias literarias ya realizadas en otras partes y frente a las cuales se rendía, pudo ser sentida justificadamente como exterior. La literatura representativa, en cambio, al excluir la deliberación, recargó lo afectivo y, al apelar a un espontaneísmo que debía ser fuente de inspiración y materia, confió en que de sus peculiaridades y limitaciones saldrían las formas que serían, en virtud de tal proceso, transmisoras de una intimidad, no ya la intimidad del autor sino de la colectividad cuya representación natural se atribuía.

Pero el esquema no se detiene ahí: tiene implicaciones que lo diversifican y lo afilan en una ampliación de las posibilidades de comprensión de obras y actitudes literarias. Así, por ejemplo, legitimidad fue sinónimo de cultura, y representatividad, de populismo; ambos términos, aplicados a la creación, deben ser interpretados como antagónicos, sobre todo en el sentido en que cada sector cargó lo más característico del otro. Para un arte "populista" nada hay más equivocado y perverso que una literatura "cultura" y a la inversa. Pero como para un país como el nuestro, la "cultura", entendida como normas superiores que no se pueden sino acatar, no proviene de nuestra forma de ser sino que nos es (nos ha sido) impuesta, literatura culta fue sinónimo de extranjerismo en la oposición con el populismo; a su vez, el popu-

¹⁵ El solitario Macedonio Fernández, el sencillista Fernández Moreno, son ejemplos bien conocidos de esta integración.

lismo, al negarse al orden al que por añadidura atacaba, pretendía apropiarse de lo nacional, resumir en su proyecto todas las posibilidades de expresión de lo nacional. Así, pues, vamos viendo las correlaciones: literatura representativa, espontaneísmo, inmediatez, intimidad social, populismo, nacionalismo; literatura legítima, mentalismo, apriorismo, exterioridad, cultura, extranjerismo.

En un primer resumen, podríamos decir que siempre hubo una literatura de innegable apetencia legitimista, teñida de voluntarismo: querer ser literatura nacional, querer afirmarla, querer construirla suponiendo que antes o al margen de tal voluntad no había nada. Esta actitud aparece quizá en su máxima complejidad en el proyecto de Juan María Gutiérrez: la *América Poética* era una antología grandiosa que demostraría la existencia de una tradición literaria que contenía el hecho revolucionario de Mayo; en la práctica solo fue un objeto en el que Gutiérrez desplegó una intención que debía tener su continuidad en el futuro; Sarmiento, por su parte, al concebir la figura de Facundo, declaró que implicaba la fundación de los tipos dramáticos nacionales y que su libro, en lo que tiene de novela, constituía la prehistoria de la literatura nacional: en los años del 80, la incipiente novela, calada sobre el naturalismo francés, daba pie a declaraciones posteriores, interpretativas, de Ricardo Rojas, que en esos intentos veía la cifra de una literatura futura. Línea constructivista, esforzada, cuyos sacrificios no tenían importancia en relación con ese momento en el que, una vez formada, nuestra literatura iba a expresar la totalidad nacional sin necesidad de recurrir al ejercicio de ninguna voluntad.

Pero, al mismo tiempo, hubo manifestaciones directas y espontáneas, que no obedecían a ninguna propuesta preliminar: sus autores, al manifestarse, simplemente se dejaban existir y no suponían consolidar ninguna pauta, pero, en cambio, no sentían ninguna diferencia entre ellos y lo que expresaban. Ya lo he dicho: tradición payafloresca anónima, poesía gauchesca política, novela gauchesca policial y, cronológicamente, todo lo que pudo considerarse literatura popular, el sainete, el cocoliche, el verso del tango, etcétera.

Es claro que, presentadas así las cosas, puede parecer que la opción es fácil y que nada cuesta clasificar los hechos componentes de la literatura argentina ubicándolos en uno u otro casillero. En términos generales, creo que el esquema es válido y funciona, pero no se puede ignorar que a veces se han tendido puentes entre ambas categorías, obras que, como *El Matadero* de Echeverría, no habiendo podido desprenderse de sus caracteres cultos originarios, se tornan en la marcha representativas en la medida en que captan ciertos conflictos y los expresan sin adulteración, un poco a pesar del pensamiento del autor,

como dejando que se filtre la realidad al margen de todo esquema conceptual, tal como lo hemos ya indicado al hablar del legitimismo del Salón Literario. Para completar el ejemplo, el *Martín Fierro*, que reúne toda la representatividad posible y pensable de nuestra literatura, según casi todos los críticos, incluye elementos de deliberación, cierta dosis de voluntad que emerge de la obra y tiende a confundirse con la que caracteriza la realidad contra la cual esgrimía su rusticismo. Pasado el periodo heroico y formativo de nuestra literatura, estos puentes se hacen cada vez más frecuentes, y en escritores como Benito Lynch, Macedonio Fernández, Horacio Quiroga, Roberto Arlt, las dos líneas se entremezclan tanto que casi podríamos hablar de una síntesis, de una naturalidad que combina sin violencia cultura y populismo, nacionalismo y extranjerismo, en suma legitimidad con representatividad. Este máximo acercamiento entre las dos líneas se produce a partir del momento en que se agota la literatura expresamente polémica que caracterizó la mayor parte del siglo pasado y comienza la que podríamos llamar profesional, que aparece en forma tan definida con el acceso a la vida pública nacional de la incipiente clase media. El profesionalismo rompe explícitamente ciertos límites que antes se salvaban solo en lo más hondo de la intimidad, en el seno de la intencionalidad profunda, y no teme asumir los riesgos de esta descalificación; urgidos por una expresión que imaginaban desprejuiciada, los escritores profesionales recurren a todos los elementos que les puede prestar la realidad y con ellos suponen realizarse, desechando el servicio a toda otra causa que no sea la literaria.¹⁶

Pero las oposiciones no cesan con esta posibilidad de síntesis; las oposiciones se interiorizan y vuelven a separar las obras y los autores sobre la base de una estimulación de algunos de los términos engendrados por las oposiciones iniciales. Así, por ejemplo, no cesa la tendencia extranjerizante, más concretamente, la tendencia al europeísmo vivida ahora no simplemente como fuente de cultura sino en cuanto la cultura es un universal al cual se debe acceder y que solo se da en Europa; las cosas se enrevesan porque esa apetencia de universalidad que debería proyectarse en una tentativa de comprensión, de liberación del hombre, se reduce a una oposición al localismo; ese cambio de plano trivializa el presunto contacto con la universalidad, con la cultura y con Europa, y, dialécticamente, perjudica al localismo que se

¹⁶ El escritor no profesional ponía su literatura al servicio de una causa que sentía superior: la de su clase; el escritor profesional, que aunque expresa su clase y aun a veces la que cree combatir, se consagra a la literatura y rechaza toda su misión; cree que realizándose él la conciencia de la colectividad se objetivará.

empicina en sus peores rasgos, extrema sus restringidas aspiraciones. En esa pugna aparecen también dos líneas que rigen hasta cierto punto la historia de nuestra literatura. Jorge Abelardo Ramos, tomando visiblemente partido por una de ellas en su libro *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, establece una filiación que compromete prácticamente todo lo que se ha producido hasta aquí. Lo universalista y lo populista implican en la idea de este autor definiciones casi absolutas, solo atemperadas por declaraciones a nivel político que desinscribirían una obra de su afiliación. En mi concepto, la aplicación de estas dos pautas no puede hacerse sobre toda nuestra historia: solo daría para un momento en que se extremen los requerimientos que mueven ambas actitudes y cuyas limitaciones crean escuela, caso de Mallea por un lado, caso Armando Tejada Gómez por el otro.

Además de ocultar la perspectiva a quienes se han instalado en estas dos líneas o a quienes puedan ser susceptibles de ser considerados a la luz de esta clasificación, estas actitudes han producido consecuencias que no podríamos dejar de tener en cuenta. El universalismo, que en el fondo es mero europeísmo, propone la cuestión de la literatura epigónica, lo cual nos hace volver sobre todo nuestro acervo: hasta qué punto nuestra literatura ha sido y es independiente, hasta dónde depende (sigue dependiendo) de patrones exteriores, qué han significado esos patrones, qué vigencia tienen todavía, cómo hacer para desligarse de ellos. Juan Bautista Alberdi, en su *Fragmento preliminar para el estudio del derecho*, rechazaba toda posibilidad de sujeción, condenaba el doble plagio de los que imitaban a los españoles, pues estos imitaban a los franceses, y aconsejaba tomar directamente de las fuentes en una actitud desprejuiciada, en la creencia de que nuestra situación no difería de la de otros pueblos que se apropiaban con provecho de las creaciones humanas en general. Ese epigonismo era sutil y se convirtió en argumento para tentativas como las de Poesía Buenos Aires, que, más de cien años después, se propone un reencuentro con las formas propias de nuestra poesía a través de una recuperación adecuada, prudente, de lo europeo. No podría decir que ese plan tan ponderado de Alberdi haya sido totalmente desvirtuado: pienso, tan solo, que ha creado infinitud de situaciones confusas que conviene tener en cuenta para poder deslindar entre apropiación de cultura y sumisión.

Pero una consecuencia más grave deriva de la oposición universalismo-localismo: la creación de la literatura oficial, que ha tenido siempre su correlativa literatura clandestina. En general, el primer término continúa la línea cuyo primer eslabón era la legitimidad, pero el segundo no se interesa necesariamente en la representatividad. Y, si la cultura es un ingrediente en la perpetración de la línea legítima, y

la literatura oficial es una de sus consecuencias, no podríamos decir que Macedonio Fernández, cuya obra es un acto de fe en la inteligencia, sea escritor "oficial", aunque esto no implica que no podría de algún modo llegar a serlo. Porque la literatura oficial es ante todo un concepto político: es la literatura que de un modo u otro persigue una integración con los planos estables y permanentes de la vida del país. No es extraño, entonces, que la literatura que se propone a sí misma como legítima, en tanto se plantea la tarea después de un examen de lo que debe hacerse, le haya dado base y sustento principal; y, como es un concepto político, le interesa menos lo que la obra en sí implicó en su momento que lo que pueda significar en la actualidad para que la susodicha integración pueda realizarse satisfactoriamente; esto explica que muchas obras sentidas originariamente como representativas pertenezcan finalmente a la literatura oficial, donde por fuerza se nomifican; esto aclara también el proceso de anexión que he tratado de explicar más arriba y por el cual escritores inicialmente marginados entran a formar parte de una estructura homogénea llamada Literatura Argentina que, concebida como unidad, elimina discrepancias.

Que existe una literatura oficial parece indudable; su definición como búsqueda de integración con los planos estables de la vida del país echa luz sobre su naturaleza, pero el ejercicio concreto de este impulso de oficialidad no ha llegado a tener todavía frutos íntimamente satisfactorios, porque las estructuras tradicionales de poder no aprecian la literatura ni la cultura en general como iguales, no les interesan y bien pueden pasarse sin ellas; la burguesía nacional, en sus diversas etapas, solo consideró la literatura como un adorno, o bien como una complicación un poco inútil, o bien como una desviación individual de personas a las que sin embargo, puesto que con su obra pretendían sostenerla, había que alimentar y respaldar. Este último aspecto es el más importante: pese a ese desdén, hay una literatura que procura expresar esas estructuras, entenderlas, que las respeta y las defiende, que no se desalienta frente a la inaccesibilidad con que se le presentan tales planos estables de la vida nacional.

Literatura clandestina es la que padece el ostracismo a que la condenan los mecanismos que controlan la cultura del país. En un principio significó estar al margen. Este momento está cubierto íntegramente, acaso, por la literatura gauchesca; después, una vez que el *Martín Fierro* atravesó un largo proceso de hibernación, pero también en el momento en que el campo vuelve a ser sentido en toda su esencialidad, la gauchesca es recuperada, anexada, deja de estar al margen para servir de modelo retórico de virtudes perdurables. Otra acepción que se puede registrar para la literatura clandestina y que corresponde a una

etapa de consolidación y diversificación de la literatura argentina en su totalidad es la del enfrentamiento franco y militante respecto de la literatura oficial; lucha o por lo menos prescindencia, decisión de no entrar en ese juego. Un buen ejemplo de esta situación lo dan los escritores del tipo mesianico-anarquista de principios de siglo: puro rechazo, soledad intransigente, la muerte preferible al solapado academicismo de las bellas letras. Como en los otros casos, el planteo no es nítido para quienes optan por el ostracismo; como toda clandestinidad, exige una tenacidad y una consecuencia que por un lado son muy difíciles de mantener en un país en el que la literatura carece de público y lo oficial ejerce un control de aniquilamiento, mientras que por el otro adultera la producción concreta al someterla a tantas presiones exteriores. El hecho es que pocos escritores de los que podemos considerar clandestinos se salvan de vacilaciones y de vaivenes entre un orgulloso aislamiento y una inexplicable sumisión; lo más importante de estas nebulosas en las que muchos escritores rebeldes han sido anegados es la interiorización de valores conformados en el mundo oficial; y el escritor clandestino carece, a veces, de axiología propia y anda dando vueltas durante toda su vida en torno a la establecida, respecto de la cual siente disconformidad, sin duda, pero no disposición de reemplazo. Hay vidas patéticas en ese sentido: Florencio Sánchez o, más todavía, Martínez Estrada, que no llegó a distinguir nunca las relaciones entre mundo oficial y literatura oficial, hasta el punto de no renunciar a esta en tanto criticaba a aquel, y de verse, finalmente, segregado de su voluntaria participación por razones políticas más afectivas que ideológicamente fundadas; su demonismo y sus renuncias son a un mundo de oficialidad pero no a una literatura oficial, y sus adhesiones literarias, de un intuitivismo planteado como zona de reencuentro de lo humano universal, lo marginan en la superioridad de la inteligencia de que carecería la literatura oficial, pero no le alcanzan para dibujar una figura esencialmente diferente.

El conflicto entre oficialismo y ostracismo es permanente y perdura; quizás se hayan producido modificaciones o esclarecimientos en la literatura clandestina a partir de una iluminación de izquierda, a medida que se ha ido despojando de anarquismo y ha ido integrando una perspectiva analítica. Es deseable, con todo, que la oposición desaparezca, cosa que no puede ocurrir hasta tanto el público no se amplíe, diversifique y libere, lo cual nos remite a un cambio de instancias de un orden social total. Si esto ocurriera, lo que sea simplemente literatura de alta calidad, vinculada sinceramente a la realidad y cualquiera que sea el mundo que ponga en movimiento, podrá comunicarse sin cortapisas con el público, tendrá un público que elegirá lo

que le convenga o conmueva, sin el sistema de ocultamiento y desprecio que hasta ahora se ejercita. La calidad, lo específicamente estético de la literatura, por ahora no es una pauta o lo es muy relativamente: la literatura oficial inventa órdenes de calificación que a veces coinciden con elementos perdurables de la obra calificada, pero que en general implican el otorgamiento de personería o la negativa a otorgarla, de acuerdo con una especie de instinto de conservación que poco se interesa por lo auténticamente valioso.

Hemos llegado a una oposición fácilmente ponderable, que permite una comprensión casi cotidiana y militante de la proyección de muchas obras de nuestra literatura. Es claro que el plano en el que tal oposición se plantea es un tanto externo, lo cual no obstante no lo trivializa; en la realidad lo externo es simplemente exteriorización de una frustración filosófica que perjudicó por muchos años las posibilidades de nuestra literatura en tanto vehículo de comprensión profunda de la realidad. Vale la pena reflexionar sobre este hecho.

Ya hemos dicho que los fundadores de la literatura nacional la concibieron como legítima, como adecuada a una realidad analizada de antemano; no obstante el voluntarismo emergente de ese proyecto, hubo un punto de apoyo filosófico inicial que no tiene por qué ser puesto en la cuenta del legitimismo apriorístico; podemos hasta cierto punto considerarlo en sí, ya que lo que calificamos de legítimo es más una actitud que los elementos a que dicha actitud recurrió para ponerse en movimiento. Pues bien, los fundadores de nuestra literatura y de nuestro pensamiento se propusieron el estudio y la adopción de las ideas que les aseguraban una unidad entre lo que se quería obtener de la realidad y la realidad dada. Apelaron a los filósofos más "modernos" y creyeron en casi todos al mismo tiempo, modelados, casi todos, por el general influjo hegeliano que se esparció por el eclecticismo francés, la ciencia jurídica alemana, etcétera.¹⁷ Hegel quedó un poco atrás: lo que aprovecharon fueron elementos sueltos y no un sistema que había llegado ya desperdigado. Sarmiento muestra en su *Facundo* su adhesión a mecanismos como el de las contraposiciones, heredero, sin duda, de la negación hegeliana, pero ahí se para, en el establecimiento de la contraposición se agota y no ve el modo de ser enteramente dialéctico. La necesidad de apoyarse en una filosofía (declarada por Alberdi en 1837) se satisface con un dualismo maniqueo, encubierto en Sarmiento por una hábil pero formal trama de concatenaciones. Hegel proponía un monismo que, aunque idealista, podía haber sido útil para constituir un pensamiento. Es claro que el Hegel que reci-

bieron estaba destrozado por los intérpretes y traductores, y ninguno de ellos conoció directamente sus textos; el hecho es que a través del dualismo se tornaron antidialécticos y el dualismo fue la rajadura por donde se les filtró la posibilidad de comprender la realidad que tenían que abarcar y expresar.

¿Por qué se ahonda lo antidialéctico en el pensamiento argentino? ¿Por qué se abandona el objetivo inicialmente planteado de lograr una unidad? La ignorancia de Hegel no es una razón: el desconocimiento cultural provoca desviaciones en una tendencia pero no es causa eficiente para un cambio total de rumbo. El motivo debe buscarse, en mi opinión, en la relación que se establece, de entrada nomás, entre exigencias de estructura económica y posibilidades ideales de realización del país. O sea: la autonomía total, idea contenida en el ideario de Mayo, no es vivida como algo obtenido sino como una realidad a lograrse; lo que va a hacer posible esa realidad es un grupo, una clase que, al consolidarse, violentará todo lo que se opone a ese objetivo; esa clase es la burguesía, claramente descripta por Echeverría en su plan económico.¹⁸ Lo que ocurre, entonces, es que por sí sola la burguesía no puede dar satisfacción a tales esperanzas, pues concibe su fuerza en una relación de dependencia respecto del mundo civilizado, capitalista. Imposible lograr la autonomía mediante ejecutores que se saben dependientes: el pensamiento original padece el tironero y la incongruencia, y se pliega a las exigencias de la clase que se ha apoderado de la ideología quebrándola en el fondo aunque pareciera respetarle su exterior retórico.

La formulación más brillante del dualismo es, sin duda, "Civilización y Barbarie", presentada como antinomia, como dilema frente al cual no cabe sino la inclinación por uno de sus términos. Es fácil suponer los pasos contenidos en esta expresión; en cierto sentido son todos los que hemos ido señalando y atribuyendo a la literatura argentina en general; pero lo que la expresión acuñada además oculta es el germen de una oposición más fundamental entre materia y espíritu. Esta pareja tan clásica tendrá una gran fortuna en la historia del pensamiento argentino y aparecerá en el 80, en la obra de Eugenio Cambaceres, por ejemplo, y en general en todos los escritores de la oligarquía y sus continuadores hasta hoy, como divergencia entre intimidad y exterioridad, entre apariencia y esencia. No creo que se pueda considerar a escritores como el nombrado y a otros epígonos, sin tener en cuenta esa dimensión umbilicada en todos por la concepción liberal de la política y la vida.

¹⁷ Véase Raúl Orgaz, *Sociología Argentina*, t. II, Córdoba, Assandri, 1950.

¹⁸ Véase Esteban Echeverría, *op. cit.*

Todo este conjunto de líneas no aparece, como hemos visto, ni en sucesión ni en convivencia, sino en una imbricación difícil de esquematizar por lo variado y variable, por la contaminación que tan frecuentemente se produce. Por otra parte, cada línea es como un acento puesto sobre una época: agotada su fuerza deja paso a un sucedáneo o engendra un derivado que copa lo más íntimo de una tendencia. Además, no se debe suponer que los escritores se resignaron todos a quedarse encajonados en su cuadro; algunos se rebelaron y trataron, a veces con más confusión que potencia, de romper barreras y escapar de condicionamientos más intuitivos que reflexionados. Esos estallidos de furia y a veces de conciencia se establecen polémicamente en declaraciones militantes, pero también, y eso es lo que importa, en la expresión concreta. El lenguaje, en tanto expresa relaciones que proceden de la realidad, descubre u oculta con la misma astucia, con la misma ingenuidad. En consecuencia, determinar lo que el escritor pone en la expresión, el servicio que hace cumplir al lenguaje de que se vale, engendra otras líneas que nos acercan también, por otro lado, a la historia de la literatura argentina cuyo trazado venimos persiguiendo en este planteo de bipolaridades.

Por ejemplo, en lo que se refiere a la voluntad de estilo. Tomando restringidamente como eje el realismo se advierte a lo largo de toda nuestra literatura que en su torno se origina ya sea una tentativa que configura una voluntad de denuncia, ya sea una tendencia a la desvirtuación de la realidad por convivencias con sus formas convencionales. Es lo que va de *El Matadero* o *Martín Fierro* al acriticismo de algunos escritores positivistas: unos y otros son realistas, pero el realismo tiene en uno y otro caso finalidades diferentes; sometido en el segundo a una presión ambiental que lo deforma implacablemente, servirá para dar una imagen demoníaca del mundo cuando le toque a Martel dar su versión; nada más natural que en este proceso de distorsión aparezca un escritor como Cané, francamente esteticista, vale decir directamente antirrealista como rechazando a toda posible consideración de la realidad salvo para negarla mediante el estilo. Este esteticismo constituye la base del modernismo posterior, que si bien en una primera instancia, bajo la gran protección de la literatura como profesión, se confundió con los objetivos del nuevo realismo finisecular¹⁹, muy pronto configuró un sistema expresivo que se apartó reservando sin embargo para sí, como último nexo, aspectos externos de la realidad.

Ser partidario de una u otra tendencia, aun con todo el posible

¹⁹ Véase Dardo Cúneo, *El romanticismo político*, Buenos Aires, Editorial Trancón, 1955.

sistema de vacilaciones, implica una decisión, pues no puede concebirse que un código literario del cual se vale tanta gente sea obra del azar o de la inspiración individual; la racionalidad de una actitud expresiva no es fantasmal: puede determinarse después de un análisis del punto o momento en que se encuentran todas las presiones que gravitan sobre el hecho literario. Y la decisión frente a esa racionalidad se da en un contexto de juego entre libertad y aceptación del escritor frente a lo que su clase le impide o le deja hacer; en la elección de su sistema expresivo el escritor moviliza su capacidad de negación o bien se allana a lo que su clase ha logrado introducir en él determinando su relación con la realidad. En consecuencia, la tendencia al realismo se perfila en tanto no declina de un ingrediente de crítica sobre el que se fundamenta genéricamente la denuncia; se diluye, por el contrario, cuando segrega la posibilidad de examen. Es claro que en lo que respecta a lo puramente formal hay modos explícitamente no realistas de considerar la realidad: habrá que determinar en cada caso si eso implica oposición al realismo crítico o una propuesta más intensa e interior de denuncia. En todo caso, la opción, el camino que se adopta y sus vericuetos están perfectamente contenidos en la obra y ella los objetiva; residen en el plano intencional, que la escritura difunde, y en el cual la determinación clasista cumple un papel fundamental.²⁰ En suma, que mediante esta forma de historiar nuestra literatura podríamos sortear el riesgo del formalismo y penetrar en el fenómeno literario considerándolo como expresión, es decir, desde el punto de vista de lo que los sectores sociales concretos, las clases, han logrado históricamente manifestar u ocultar gracias a la mediación imaginativa.

La bipolaridad de actitudes respecto del realismo, como en los otros casos, no se agota en la consideración primera: otras oposiciones se desencadenan o, mejor dicho, aparecen como necesarias consecuencias. La tendencia a la desvirtuación de la realidad se resuelve canónicamente en lo estilístico mediante cierto impulso a la consolidación, a lo perfecto, al escribir bien como ideal. Esto supone la sumisión a modelos y crea una órbita donde todo se encierra, donde todo debe estar encerrado: sentimientos de autosatisfacción por cumplimentar con esos requisitos, ostentación de claves fuera de las cuales nada realmente

²⁰ Véase Roland Barthes, *Le degré zéro de l'écriture*, París, Du Seuil, 1953. "El horizonte de la lengua y la verticalidad del estilo esbozan, pues, para el escritor, una naturaleza, ya que no elige ni a una ni al otro." Y más adelante: "Lengua y estilo son fuerzas ciegas; la escritura es un acto de solidaridad histórica." Vale decir, aquello por lo que se opta.

tiene consistencia. Esta actitud es uno de los rasgos, por otra parte, que preconiza la literatura oficial. La tendencia al realismo como denuncia, en cambio, al poner en cuestión lo consolidado, instrumentaliza la palabra y se margina voluntariamente de normas; echa mano a cualquier recurso para lograr su objetivo: es el famoso escribir mal de Roberto Arlt, el abandono del modernismo de Quiroga e, incluso, con todas sus contradicciones posteriores, el abandono de la poesía que hace Martínez Estrada. Al dramatismo de estos casos se opone una búsqueda de perfección que no necesariamente, y por lo general mucho menos, provoca descubrimientos lingüísticos; esa exigencia se connota con una suerte de voluntad estatutaria que cae casi de ordinario en el congelamiento verbal, en tanto que el "escribir mal", cuando no es meramente desaprensión, propone una dinámica, abre la discusión aun sin quererlo sobre los límites de una palabra dada y sobre su eficacia en el sentido de una expresión que no depare tan solo felicidad al que la logra sino que transmita una conciencia múltiple. Como en los otros casos, los escritores pueden quedarse en una u otra actitud, vacilar o pegar un salto. *Rayuela*, de Julio Cortázar, contiene por lo menos esta preocupación con todas las implicaciones que a partir de este enfoque deben aparecer. En términos generales, cualquiera que sea la decisión que se tome, está llena de significaciones que, completas, dan luz sobre lo que una obra es o quiere decir, sobre lo que se ha puesto en marcha en la intencionalidad de su autor.

Y este es, finalmente, el elemento indispensable para que una historia de la literatura pueda llegar a tener un sentido y no sea meramente descriptiva; es el elemento que la crítica puede proporcionar con mayores posibilidades de ser incorporado, no solo sin destruir el método que pueda resultar más propio sino consolidándolo, integrándolo. La intencionalidad fluye por el cuerpo literario y es lo que le da sentido porque conecta escritores, obras y público, porque revela cómo ese circuito procede de un tiempo y una sociedad y vuelve a ellas, porque dibuja las verdaderas diferencias y propone con ellas una inteligibilidad, una clasificación que tiene a incorporar la literatura a lo que la vida exige de ella y no a establecer una soledad que no sirve para nada. Sobre esta idea, sobre este residuo, se cierne la bipolaridad que hemos registrado, el sistema de oposiciones que la constituye; con todo eso, es decir el principio crítico y sus resultantes, podría erigirse una historia que formara realmente parte de la que en el orden de la cultura afina sus métodos y muestra y explica cómo ha sido y cómo es la sociedad que los hombres han creado, los destinos que se han empeñado en realizar.

Dilema para Sociólogos

FERNANDO LIDA GARCÍA

En el último número (agosto de 1965) de la *American Sociological Review*, órgano oficial de la American Sociological Association, hemos hallado un artículo muy significativo por lo que revela del estado actual de la sociología norteamericana. Su valor indical aumenta cuando se lo considera dentro del contexto de los artículos incluidos en ese número. (Antes de seguir, para tranquilidad de los lectores, en particular de aquellos con conocimientos sociológicos especializados, corresponde aclarar que nosotros no somos especialistas en la materia y que hemos hojeado la revista, llegada casualmente a nuestras manos, sin un bagaje teórico que infectase de deformaciones profesionales nuestro juicio.) Preside el ejemplar un exaltado elogio de Benjamin Nelson a Max Weber, a propósito de la reciente publicación en inglés, por vez primera, de la *Religionssoziologie* (1922), en traducción prologada por Talcott Parsons. Los otros trabajos que enmarcan el artículo que comentaremos son:

Dos extensos trabajos sobre oferta y movilidad ocupacional, respectivamente, por sendos autores que hacen gala de "rigor metodológico" y alto nivel técnico en la aplicación de herramientas matemáticas de análisis, pero cuyas conclusiones resultan en ambos casos desproporcionadamente triviales o ambiguas—cuando no perogrullcas— en relación con el aparato teórico-conceptual desplegado. Un tercer trabajo, intitulado "La elección de nombres para los niños de familias de clase media", dedica casi treinta apretadas columnas a dilucidar problema sociológico tan fundamental, con abundancia de notas al pie, bibliografía, tabulaciones de datos pertinentes, y ponderadas hipótesis; su autor es una socióloga—aunque es mejor no insistir sobre esto, no sea que se nos sospeche misóginos—, y el adjetivo que mejor cuadra a su monografía es "ameno". Viene después otro meduloso estudio sobre "La *sorority* [homóloga femenina de las «fraternidades» estudiantiles masculinas] en el *college* norteamericano: su papel en la endogamia de clase y étnica". Este trabajo, tal vez menos "riguroso"—se extrañan los cuadros numéricos, los coeficientes de correlación, los análisis de la variancia, etc., que jerarquizan otras colaboraciones, aunque no faltan las notas al pie ni la bibliografía— pero de

gran riqueza conceptual, no solo es también muy ameno sino que linda incluso con lo picante (entre los que el autor llama "procedimientos etnográficos" para obtener sus datos acerca de las heréticas *sororities* figura el de hacerse pasar por fotógrafo de fiestas): como dice su autor, *Tout comprendre c'est tout pardonner* (recomendamos especialmente el párrafo subtítulo *Love*, que comienza así: "Las emociones denominadas «amor» no garantizan, característicamente, respeto por ninguna clasificación previa de las personas afectadas...").

Entre los artículos que siguen al que nos interesa —hay también una extensa y numerosa sección de reseñas bibliográficas— se destaca uno, firmado por tres autores, sobre "Orientaciones de valor, conflicto de roles y alienación en el trabajo". Se trata de un estudio que compara las características de empleados de banco norteamericanos, mexicano-norteamericanos y mexicanos: se eligió el banco como institución porque, como lugar de trabajo, no ofrece diferencias importantes ligadas a factores étnicos. Se definen dos cosmovisiones, una "particularista", que luego resulta ser la de los mexicanos, y otra "universalista", la de los norteamericanos. Después se sometió a los sujetos a una serie de tests cuya interpretación rigurosa permite establecer una serie de correlaciones entre particularismo (mexicanos) y universalismo (norteamericanos), por una parte, y alienación, eficacia social, longitudinalidad (!), etc., por la otra. El banco queda definido como institución de "orientación universalista", y los mexicanos se llevan la peor parte de las correlaciones negativas con los valores "universalistas", así como de las correlaciones positivas con los valores "particularistas". La conclusión clara es que a los mexicanos particularistas les resulta alienante trabajar en un banco norteamericano universalista. El último artículo digno de mención demuestra concluyentemente que los universitarios norteamericanos que no participan en actividades de grupo (fraternidades o práctica de deportes), es decir, los más individualistas, están más sujetos a inadaptación y a requerir tratamiento psiquiátrico que los otros. Fijado así su contexto, pasemos ahora al trabajo que motivó estas líneas.

Consiste en un estudio sociográfico dedicado a comprobar la validez de las hipótesis formuladas en el conocido libro de Gunnar Myrdal, *An American Dilemma* (New York, Harper, 1944; hay traducción española: *Solidaridad o desintegración*, México, Fondo de Cultura Económica), a veinte años de su aparición. Según Myrdal, los norteamericanos experimentan un conflicto entre los enunciados cristiano-democráticos del llamado "credo norteamericano" y las prácticas y valoraciones que definen las relaciones entre negros y blancos, que no son cristianas ni democráticas. Myrdal utiliza los conceptos básicos de valoraciones (juicios normativos: lo que debe ser) y creencias (descriptivos: lo que se cree que es o fue). Para él, los norteamericanos se manejan con valoraciones, generales o específicas, fundadas en sus concepciones de la realidad (creencias), y entre las valoraciones generales, que ellos creen universales, y las específicas —personales o correspondientes al contorno inmediato— existen discrepancias inconciliables. Myrdal sostiene que los norteamericanos quieren dar una imagen racional de sí mismos, sobre todo dársela a sí mismos, pero que no pueden resolver la incongruencia entre la irracionalidad de esas discrepancias entre las valoraciones generales y las específicas y la imagen racional buscada: tal el dilema. Entonces recurren a sus creencias para racionalizar las incongruencias de sus valoraciones; así, la incongruencia entre la valoración

generalmente admitida sobre la igualdad de oportunidades para todos y la segregación escolar (fundada en una valoración específica sobre los negros) se resuelve con el argumento de que "los negros son menos capaces intelectualmente que los blancos", y por ello "los niños negros se frustrarían al competir con niños blancos" —por otra parte, "los niños blancos a su vez tendrían que disminuir su ritmo escolar para no dejar atrás a los negros"—.

El autor del artículo decidió entonces *no comprobar las hipótesis de Myrdal* sobre la realidad social norteamericana *sino responder a algunos interrogantes*: ¿Aprueba la gente las valoraciones en conflicto? ¿Reconocen las incongruencias existentes? ¿Racionalizan esas incongruencias? ¿Lo hacen bajo la forma de creencias? ¿Se emplean otros mecanismos psicológicos (represión)? Cuando para salvar la incongruencia se modifican las valoraciones, ¿cuáles son las afectadas, las generales o las específicas? ¿Hasta qué punto tiene conciencia la gente de los ideales cristiano-democráticos o se orienta por ellos? Es significativa la distinción metodológica del autor: él no va a verificar las hipótesis de Myrdal; se limitará a responder a esas preguntas que acabamos de transcribir. Toda otra conclusión corre por cuenta del lector imprudente. Pero el mecanismo analítico que pone en marcha y desarrolla en su trabajo es demasiado sólido y coherente para que ese deliberado escamoteo de las conclusiones sociológicas y éticas inevitables logre disimular los chancos y tumores del cuerpo social. Ni sociólogos ni legos podrán llamarse a engaño sobre el diagnóstico, por más que apelen al empleo de reservas mentales o quieran evitarle al enfermo el disgusto de contemplar sus propias llagas. Veamos cómo se hizo la investigación.

Se entrevistó a 103 jefes de familia o a sus esposas, de un corte medio de la población de Indianápolis (perteneciente a un Estado sin discriminación racial abierta); se detallan en el artículo las condiciones que garantizaron la tipicidad de los encuestados en cuanto a sexo, clase social, etc., de acuerdo con los criterios usuales (100 los sociólogos suspicaces: pueden consultar el trabajo y comprobar que no hay trampas de método escondidas; justamente, es lo que valoriza los resultados obtenidos!). A cada encuestado se le presentaron tres formularios: I, consistente en diez valoraciones generales que miden su identificación con el "credo norteamericano"; II, diez valoraciones específicas que hacen resaltar la discrepancia o la concordancia con la valoración general correlativa y permiten al encuestado percibir el conflicto de valoraciones si lo hubiere; y III, un formulario en blanco para anotar las observaciones que suscitaren sucesivamente I y II. He aquí los formularios I y II y las respuestas obtenidas: (Véase el cuadro en las páginas siguientes.)

En cuanto a las observaciones del formulario III, se las clasificó según que surgieran (1) espontáneamente al contestar el primer cuestionario, (2) al contestar el segundo, (3) al comparar las respuestas correlativas de I y II a pedido del encuestador, (4) al pedir algún comentario el encuestador, (5) cuando por no haber habido reacción del tipo (1) a (4) el encuestador preguntaba si se advertía alguna contradicción, o (6) cuando en los niveles (1) a (5) se hubiese reconocido una contradicción y el encuestador pidiese una explicación. Este procedimiento, ensayado en varias preencuestas numerosas para verificar su seguridad y validez estadísticas, permitió medir el grado de conciencia de las contradicciones

VALORACIÓN GENERAL	% SOBRE 103 RESPUESTAS (REDONDEADO)	VALORACIÓN ESPECÍFICA	% SOBRE 103 RESPUESTAS (REDONDEADO)	ÍNDICE DE DISCREPANCIA *
1. Todos los habitantes de E. U. A. deben tener derecho a iguales oportunidades de progreso.		1. Estoy dispuesto a tener como supervisor a un negro en mi trabajo.		
de acuerdo	98	de acuerdo	60	
indiscisos	0	indiscisos	2	38
en desacuerdo	2	en desacuerdo	38	
2. Todos deben recibir igual trato ante los ojos de la ley.		2. Si yo fuera procesado, no me importaría que hubiese negros en el jurado.		
de acuerdo	98	de acuerdo	76	
indiscisos	0	indiscisos	5	22
en desacuerdo	2	en desacuerdo	19	
3. Las gentes deben ayudar unas a otras en caso de necesidad.		3. Si se quemara la casa de un negro, estaría dispuesto a que pernoctase con su familia en mi casa.		
de acuerdo	99	de acuerdo	64	
indiscisos	1	indiscisos	6	35
en desacuerdo	0	en desacuerdo	30	
4. Todos los niños deben tener iguales oportunidades de educarse.		4. No me importaría que concurriesen niños a la misma escuela que mis hijos.		
de acuerdo	98	de acuerdo	79	
indiscisos	1	indiscisos	2	19
en desacuerdo	1	en desacuerdo	19	
5. Todos deben tener el mismo derecho a desempeñarse en funciones públicas.		5. Creo que aceptaría ser representado por un negro en el Congreso de Estados Unidos.		
de acuerdo	91	de acuerdo	71	
indiscisos	1	indiscisos	6	20
en desacuerdo	8	en desacuerdo	23	
6. Cada uno debe ser juzgado por sus propios méritos individuales.		6. No me importaría que mis hijos tuviesen una maestra negra en la escuela.		

* Porcentaje de acuerdo con la valoración general menos porcentaje de acuerdo con la valoración específica.

de acuerdo	97	de acuerdo	67	
indiscisos	1	indiscisos	8	30
en desacuerdo	2	en desacuerdo	25	
7. Creo en el principio de hermandad entre los hombres.		7. Estaría dispuesto a invitar a negros a cenar en mi casa.		
de acuerdo	94	de acuerdo	29	
indiscisos	5	indiscisos	4	65
en desacuerdo	1	en desacuerdo	67	
8. Las instalaciones y servicios públicos deben ser igualmente accesibles a todos.		8. Estaría dispuesto a alojarme en un hotel que reciba indistintamente a huéspedes negros y blancos.		
de acuerdo	83	de acuerdo	61	
indiscisos	4	indiscisos	4	22
en desacuerdo	14	en desacuerdo	35	
9. De acuerdo con nuestro sistema democrático, a la gente debe permitírsele residir donde lo desee, mientras pueda pagarse su techo.		9. Estaría dispuesto a tener como vecina a una familia negra.		
de acuerdo	60	de acuerdo	35	
indiscisos	6	indiscisos	2	25
en desacuerdo	34	en desacuerdo	63	
10. Opino que todas las instalaciones públicas de esparcimiento deben ser siempre accesibles a todos.		10. No creo que me importara que niños negros nadaran en la misma pileta que mis hijos.		
de acuerdo	63	de acuerdo	38	
indiscisos	6	indiscisos	8	25
en desacuerdo	31	en desacuerdo	54	

por parte del encuestado. Se preparó y ensayó también una compleja codificación de las respuestas que finalmente se redujo a dos únicas categorías: valoraciones (incluso preferencias) —p. ej., "...segregados pero con iguales derechos..."— y creencias ("los propios negros quieren la segregación siempre que no implique desigualdad").

Los resultados son muy ilustrativos: Más de la mitad de los entrevistados estuvieron de acuerdo con cada una de las afirmaciones del formulario I, pero más de acuerdo con las siete primeras que con las tres últimas. Las afirmaciones más generales (igualdad de oportunidades, igualdad ante la ley, ayuda en caso de necesidad, etc.) alcanzan un consenso muy alto, 97%; las de tipo político (hermandad

entre los hombres y acceso a la función pública) aún sobrepasan el 90 %; en cambio, las 8, 9 y 10 (servicios públicos, vivienda, esparcimiento), menos abstractas, bajan ya al 60 y tantos por ciento, acercándose a las cifras de las específicas. El análisis de las respuestas al II concuerda en general con las hipótesis de Myrdal (hay conflicto): el consenso fue menor para las diez afirmaciones específicas. Señala el autor que las específicas más altas (ítems 2, 4 y 5 con más del 70 %) corresponden a *faits accomplis* en la zona de encuesta: jurados y diputados negros e integración escolar de los niños (es decir que la *práctica* de la desegregación *impuesta por la autoridad legal* disminuye la contradicción, apuntamos nosotros). La misma explicación vale para los consensos relativamente elevados correspondientes a las afirmaciones específicas 1, 3, 6 y 8: son ya parte de la realidad social de la zona, gusten o no. Con respecto a la 3 (alojar a negros en la propia casa en una emergencia) el autor aclara que aun los remisos se mostraban dispuestos a dar dinero para que fueran a un hotel, donar víveres, etc. En contraste, la realidad social no ha afectado las situaciones donde la decisión personal prevalece: la mayoría estuvo en desacuerdo con las afirmaciones 7, 9 y 10. En síntesis, las "situaciones definidas" o vigentes socialmente se imponen al prejuicio cuando el individuo se ve obligado a "seguir la corriente".

Pasemos ahora, en otro nivel, al análisis de coherencia en las respuestas: El 63 % de los pares I-III fue coherente (sí-sí, 87 %, o no-no, 13 %). El 37 % de incoherencias revela el posible dilema. Este no puede demostrarse sin considerar la reacción del sujeto a su propia inconsecuencia. Si el sujeto no reconoce la contradicción de sus respuestas no puede hablarse de conflicto. En general, las contradicciones abarcan ítems bien definidos y muy rara vez la mayor parte de los diez pares de afirmaciones. El análisis de los comentarios indicó que el 60 % de todas las observaciones fueron espontáneas, en su mayor parte expresadas al llenar el formulario II (el encuestador en ningún momento había indicado hasta entonces que le interesaban las contradicciones). Hubo un total de casi 1500 observaciones. Los encuestados observaron 293 incoherencias, reconocieron la mitad de ellas aproximadamente como tales, pero negaron la incoherencia "aparente" de casi otras tantas; y el 16 % de las incoherencias no fue percibido aun después de un interrogatorio explícito. El propio autor señala como hallazgo interesante que más de la cuarta parte de las explicaciones fueron no explicaciones de incoherencias sino explicaciones de la coherencia entre las respuestas I y II, y subraya que la mayor parte de estas eran justificaciones de respuestas democráticas (p. ej., "es la única cosa cristiana que se puede hacer") y el 66 % de ellas fueron explicaciones de coherencia formuladas por personas en cuyas respuestas no había coherencia negativa (no-no).

El autor enumera detalladamente algunos de los mecanismos utilizados para racionalizar la aparente contradicción, los que, según él, no se limitan a recurrir a creencias difundidas, como postuló Myrdal. Por ejemplo: la formulación de nuevas valoraciones ("No creo que los negros debieran meterse en política"); la represión del conflicto (fue frecuente la respuesta "¿Qué conflicto?" a la pregunta "¿Percebe alguna contradicción?"); la modificación de la valoración general aplicada al encuestado ("Tal vez no sea yo tan democrático después de todo"); la limitación de la valoración general ("La hermandad se refiere a los blancos" o "En un

primer momento no había pensado en los negros"); la relativización ("Hay muchas formas de fraternidad"); la proyección de actitudes sobre los demás ("No me importaría invitar a un negro a cenar en casa, pero hay que pensar también en los otros invitados"), o echarle la culpa al negro: "Un jurado negro tendría prejuicios"; la compartimentación valorativa ("Se puede creer en la fraternidad humana y no invitar a cierta gente a la casa de uno"), que el autor distingue de la represión. También hay otras soluciones calificadas de "menos lógicas pero más sinceras", p. ej., "Tiene derecho [un negro] a ser candidato, pero yo sencillamente no lo votaría", o bien "Yo tengo prejuicios".

El autor refuta a Myrdal, quien sostiene que para la racionalización siempre se recurre a las creencias, y señala que igualmente se recurre a las valoraciones. Ahora bien, cuando se modificaron las valoraciones, en el 82 % de los casos se ajustaron las específicas, mientras que las generales solo en un 18%; por ejemplo: (ajuste específico) "Bueno, admitiría un supervisor negro si tuviese gran capacidad" (ajuste general) "No pensaba en negros cuando hablé de igualdad de oportunidades".

Después de resumir en siete "relaciones empíricas" sus conclusiones, el autor procede a interpretarlas. En el primer párrafo, de una vaguedad que contrasta con el resto del trabajo, anuncia que se limitará a analizar solo algunos de los hallazgos más significativos. Seguidamente amplía su refutación de Myrdal sobre el procedimiento de racionalización, ya comentada aquí. Después llama la atención sobre el hecho de que en muchas situaciones sociales no sea la persona con prejuicios la que se aparta de la mayoría, sino que lo sea la persona sin prejuicios y que no discrimina; ello se desprende de las "explicaciones de coherencia" (25 %), que indican que muchas personas que apoyan el credo norteamericano sienten la necesidad de justificar su actitud democrática. Para decirlo con las palabras del autor, "personas que no experimentan un dilema en el sentido de Myrdal parecen experimentar otro tipo de dilema: un conflicto entre, por una parte, su apoyo a la acción democrática, y, por la otra, un sistema normativo [subrayado del autor] que existe en la mayoría de las comunidades norteamericanas y que dice que uno debe tener prejuicios y que uno debe discriminar".

Después de estas claras y tajantes palabras el autor se consuela con el hecho de que el ajuste de las valoraciones específicas con preferencia a las generales tal vez permita abrigar cierto optimismo, pues la gente no se resigna a abandonar el credo norteamericano, a pesar de todo. Pero él mismo recalca en seguida la coexistencia de un orden normativo antidemocrático junto con el orden democrático más general.

Esperamos no haber fatigado al lector con transcripciones y porcentajes, ya que creemos que este corte transversal sociográfico resulta aleccionador tanto acerca del estado actual de la sociología norteamericana (posibilidades y limitaciones internalizadas) como de la sociedad a cuyo estudio esa misma sociología suele estar dedicada. Como el propio autor del trabajo comentado, pondremos aquí punto final dejando que las conclusiones corran por cuenta de los lectores imprudentes.

Octubre de 1965

Syria POLETTI, *Linea de juego*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1965.

La aparición de *Linea de juego*, colección de cuentos de Syria Poletti, luego de su primera novela *Gente conmigo*, confirma a su autora en la posesión de un estilo y de una línea narrativa que, entre nosotros y en nuestros días, no ha sido excesivamente frecuentada. Por una parte se advierte el manejo de un material poético elemental, transcripto visualmente de un contexto de realidad cotidiana, en una descripción espontánea, sin alteraciones subjetivas o técnicas alucinadoras. De esta manera las cosas y los objetos conservan, unas veces, su consistencia diurna y su maciza y fuerte objetividad, como los parajes calcinados de las canteras cordobesas, o el "carro de la esquina" cuyo progresivo desquiciamiento presenciamos en implacable progresión, o ese sórdido hotel de Cosquín con sus camas de "olor agrio" y sus habitaciones sumidas en penumbra. Otras veces los objetos se nos presentan levemente transfigurados por una percepción infantil; un ligero matiz de sorpresa, de asombro o como de miedo, algunas veces, se percibe en la transcripción casi mágica de las situaciones por la cual se ha querido mirar el mundo. Son entonces los majestuosos macizos dolomíticos o el misterio prohibido del "callejón del Ganso", o "las moles téticas, amarillentas y anchas que formaban el hospital y el asilo de ancianos", realidades transfiguradas y míticas "por donde han rodado los siglos". Renunciando en esta nota a un análisis estilístico y formal de la técnica literaria empleada en su obra, habremos de referirnos con más detalle a los principales planteos o temas que encontramos en su trabajo.

En esta primera aproximación al universo poético de Syria Poletti es bien visible el tema fundamental de la ruptura o separación de las cosas. Este es el mundo que la autora encuentra ya dado y configurado a pesar suyo, y que de alguna manera se ve obligada a aceptar con resignación. Es el mundo escindido en dos, en lo real y en lo ideal, en lo objetivo y en lo mágico, y más concretamente en la separación hijos-padres, América-Europa, etc. Es la ambivalencia que con expresión desgarradora habrá de reflejar en el cuento que da título al libro, donde contraponen el mundo de la "Contrada dell'Oca" con el mundo del hospicio de alienados e inválidos de las dos últimas guerras.

Pero no es en la aceptación de un fragmento de este mundo y en el rechazo del otro por lo que se resuelve la autora; esta salida significaría, sin duda, una evasión y un escape al desafío de la realidad del mundo. Syria Poletti intentará la integración de los dos fragmentos mediante el amor. El amor la llevará ineludiblemente a la comprensión más profunda del significado de las cosas y del sentido de los seres que a partir de entonces se transforman en realidades en torno a las cuales la autora estructurará su temática. Hay en toda su obra una constante que, si pretendiéramos definirla en dos palabras, tendríamos que decir que se trata de una ternura expresada con tal intensidad que se transforma en compromiso. Todo el mundo poético de sus relatos posee la extraña particularidad de reflejar, por una parte el clima singular e íntimo del género epistolar, pero que derivase sorpresivamente hacia una toma de conciencia de la situación del hombre y del mundo.

El tema germinal de sus cuentos y relatos es, como se ha anticipado, la vivencia profunda y entrañable de la separación y de la escisión, vivencia que de ninguna manera permanece en la periferia del sentimiento sino que se hace conciencia plena y lúcida. Esta conciencia fundamenta en los relatos de Syria Poletti algunos de los planteos claves de su obra, es decir, el tema de la responsabilidad y el tema de la protesta o compromiso en que la autora resuelve los conflictos planteados en su obra. El amor deja de ser efusión subjetiva, inconsciente y evasiva, como en el Renato de *Gente conmigo*, que, por forzar los datos de la realidad dentro de su perspectiva individual, acaba por despojarlos de su sentido de totalidad y por descartar la infinita posibilidad de la existencia. El amor no es momento único en el tiempo o punto aislado e incommunicable en el espacio. Es memoria consciente que perdura a través del tiempo. Sólo así puede transformarse en compromiso. Es de esta manera que, partiendo de la simple percepción entrañable y sentimental de un mundo escindido (ideal-real, hijos-padres, Europa-América, etc.), se llega hasta a triada compleja de conciencia-responsabilidad-compromiso.

Algunas veces el tema de la ruptura es expuesto en forma indirecta, como el efecto de una armonía aparente que irónicamente generase la quiebra, según aparece en el cuento *Tren de medianoche*, con la consecuencia paradójica de las síntesis que desunen: el amor a la música en el tío Sergio y el amor al marido en la madre son manifestaciones de un amor que en su significación definitiva y última es precisamente desamor porque es egoísmo. En los relatos *Apenas una planta* y *Un muchacho con suerte* la quiebra de la unidad madre-hijo aparece más desoladora cuando se intenta la aproximación de los suredeños: "Los aviones llegaban de América, la tierra del hijo valiente, de su mejor gajo"; o la increpación de la

madre de los niños intoxicados ante la presencia del bastardo en el segundo de los relatos.

La lectura de los cuentos de Syria Poletti nos introduce tan hondamente y tan confidencialmente en la crónica cotidiana de sus personajes que no podemos eludir el integrarnos en su mundo y considerarnos como sus prójimos, dispuestos a participar de sus problemas. Esta ternura al dejar de ser sólo sentimiento y hacerse consciente, es decir, memoria que perdura y abarca a los hombres de todos los tiempos y lugares se transforma en compromiso. El compromiso es resolver desde hoy y desde aquí las injusticias que una memoria "de siglos" nos viene denunciando. El tema de la responsabilidad es, desde esta perspectiva, una consecuencia ineludible en la obra de Syria Poletti. Es la responsabilidad que siente Nora por la muerte de Valentina en *Gente conmigo*, la misma que experimenta doña Justina por la muerte de don Cirilo en el cuento *Unas monedas*. Es también la responsabilidad de la relatora de *El último pecado* o el afán de constructividad de don Faustino en *El principio era la cal* que deja su vida en el cementerio que se ha empeñado en construir. La historia es, pues, compromiso y responsabilidad. Son los "siglos de experiencia" de que habla tan frecuentemente en su obra y que han sido como cristalizados en la experiencia narrada en *Línea de fuego*. Es la conciencia de una repetición que no puede disimularse a pesar de los "bares americanos", de "las casitas florecidas de geranios" y "de los pabellones de los inválidos y enajenados de la guerra del 39, ahora reconstruidos y embellecidos, con equipos sanitarios y bibliotecas".

El compromiso es descubrir, a través de las ficciones nuevas, de las transformaciones y encubrimientos, la misma realidad todavía no superada por el amor; es conciencia lúcida frente al enmascaramiento de la misma traición al hombre que en cada generación se lleva a cabo con ideales y máscaras renovados. Y el compromiso es también hacer funcionar una valoración que no es sólo presente e inmediata, sino conciencia en que interviene todo el pasado, mi pasado y el pasado real dentro del cual yo me muevo y que a su vez comprende también el futuro porque lo prepara.

Es, en resumen, mediante esta experiencia que al comienzo de esta nota definíamos como la síntesis de amor-conciencia-compromiso que habrá de trascenderse la ruptura; con toda claridad lo manifiesta la protagonista de *Gente conmigo*: "Ahora que comienzo a entender algo me parece que Europa y América es un solo dilema, un solo padecimiento, por eso siento la misma pasión por los dos mundos... No podría partirme".

V. C.

Oscar MASSOTA, *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor, 1965.

No es extraño que, en un momento en que la literatura argentina va soltando lenta pero seguramente sus amarras coloniales y toma conciencia de su singularidad, la crítica más lúcida del país vuelva sus ojos hacia figuras como la de Roberto Arlt. Ocurre además que esta reubicación (pues no se trata de otra cosa) va acompañada, o tal vez precedida, por el examen atento que de la obra de Arlt hacen los cuentistas y novelistas de las generaciones más recientes. Pero para los creadores no se trata de "comprender" a Arlt mediante esquemas, ni de insertar coherentemente su ideología y obra en una totalidad histórica y cultural; más bien, ellos quieren averiguar hasta qué punto Arlt puede "ayudarles" (en el sentido goetheano del término), de qué manera su actitud práctica frente al hecho de escribir cobra súbita contemporaneidad, cómo sus problemas, frustraciones y aciertos alcanzan a ejemplificar la situación difícil de un escritor desarraigado —o rebelde— en su medio. De todos modos, las búsquedas de los críticos y las de los creadores concluyen en una sola realidad indiscutible: la vigencia histórica de Arlt.

A Oscar Masotta, joven crítico que ha enriquecido inteligentemente el rudo revisionismo generacional iniciado en las páginas de *Contorno* con una paciente y diversificada preparación académica, puede atribuírsele un mérito inicial: el de mostrarse a la altura de su época y de su asunto, y brindarnos en su primer libro una perspectiva no conformista de Arlt. El mismo nos lo dice: en el pasado, a excepción de algunos juicios de la ya citada *Contorno* y de unos pocos trabajos sueltos, Arlt ha dado lugar a dos interpretaciones opuestas pero igualmente convencionales: la de la típica crítica liberal, de derecha, que insiste en ver en Arlt a un escritor de deficientes herramientas expresivas pero que se reivindica por ser una especie de "monstruo de la sinceridad" y de la "autenticidad", que ha "escorado" en la "realidad", especialmente en los estratos más desagradables de ésta; y la de la crítica marxista más o menos dogmática (para mejor decir, la de aquellos críticos o simplemente escritores ideológicos que han deducido del marxismo, sin mayor justificación, una estética determinista) que, tras adjudicarle una clara intención progresista y de mejoramiento social, queda algo perpleja al comprobar que en ninguna parte de la obra concreta de Arlt hay tomas de posición políticas, y sí un latente anarquismo que es difícil de convertir en actitud partidista más o menos rentable. Masotta se enfrenta desde el principio a estas dos concepciones. El mismo está influido por el pensamiento marxista, por una atmósfera marxista, por decirlo así; pero nada sería más inadecuado que pensar que se trata de un marxismo ortodoxo. En efecto, en lo que se refiere a las nuevas corrientes de la crítica, las antecedentes de Masotta son fáciles de rastrear: en un primer plano, la confesada presencia del Sartre de *Saint-Genet* (libro cuyos procedimientos y terminología nuestro crítico ha asimilado visiblemente) y después, en algunas insinuaciones, el influjo de un marxista tan heterodoxo como Roland Barthes (*Le degré zéro de l'écriture y Mythologies*), que ha sabido combinar hábilmente el psicoanálisis y la sociología en su análisis del significado de los mitos en la sociedad

contemporánea. Para completar la descripción del ámbito intelectual en que se mueve Masotta, podríamos mencionar a dos críticos que éste cita: Maurice Blanchot (no-marxista) y Georges Bataille (antimarxista). Entiéndase que ya no hablamos de influencias sino que nos limitamos a señalar esta heterogeneidad de tendencias que surgen, sin embargo, de un medio único: el francés.

Dos observaciones, en cierta manera formales ambas, deben anteponerse a la consideración más detenida del trabajo de Masotta. Lamentamos, por un lado, que el autor y el editor (o solo uno de los dos) se hayan excedido en su preocupación comercial y hayan puesto al libro un título que de ninguna manera se ajusta a su contenido y que, si bien puede ganarle lectores (aunque seguramente no aquellos que el autor quisiera), es pasible por otro lado de quitarle de entrada seriedad y coherencia. También es discutible la estructura interna del libro: los núcleos críticos que la introducción promete no se desarrollan en su totalidad; en las conclusiones (que no son en realidad tales, sino una especie de resumen de la concepción que Masotta tiene de Arlt, aparecido en *Hoy en la cultura*) se reiteran, y aun se contradicen, algunas afirmaciones ya expresadas con anterioridad. La base de esta inorganicidad es una sola: el hecho de que Masotta haya usado para este libro artículos ya publicados, en su totalidad (si se exceptúa la introducción). No es que no se advierta una fundamental visión unitaria que Masotta tiene de Arlt; ni tampoco que su método sea insuficiente; pero desdichadamente el carácter un poco ocasional, "para la publicación", que tiene el libro, hace que el impacto crítico, que quizás podría haber sido más justo, en cierta medida se diluya.

A través del análisis de la estructura de la trama psicológica y social en que están envueltos los libros de Arlt (y principalmente a través de un complejo y a veces agudo tratamiento de la conducta de sus personajes principales), Masotta quiere rescatar para la izquierda —como lo adelanta en la introducción— el meollo significativo de la obra del autor de *Los siete locos*, pero no a un nivel explícito de posturas políticas, sino en la immanencia de la obra, de la cual se desprende naturalmente una crítica social, dirigida contra la clase originaria de Arlt, la clase media, cuyos fundamentos materiales y en particular morales son continuamente cuestionados por las conductas-límites de los personajes arltianos. El mal, la humillación, la traición, la cobardía, son contravalores de una ética de la represión y del disimulo, y paradójicamente pueden constituir para los individuos, si exaltados en su pureza e inmediatez, la llave de la libertad en un contorno alienado. Aunque este desenmascaramiento devastador de los valores de la pequeña burguesía implícito en la obra de Arlt esté siempre presente, Masotta no ha tratado lamentablemente de articular su material crítico en un cuadro histórico más vasto, en el cual no estuviesen ausentes ni la problemática social y política de tiempos de Arlt, ni los problemas de historia literaria de un período prenacional en el que el autor de *Los siete locos* desempeñó, sin duda, un papel de *outsider*. Por otra parte, el frondoso material conceptual que utiliza Masotta se hace muchas veces demasiado autónomo, no siempre sirve para iluminar el texto, e incluso por momentos da la impresión de que Arlt se toma como pretexto para vulgarizar algunos conceptos de la fenomenología, del psicoanálisis, de la teoría de clases marxista, etcétera.

En síntesis, puede decirse que Masotta ha eludido deliberadamente la inter-

pretación histórica (que supone la ubicación de Arlt en su generación, su conexión con la tradición —o la falta de tradición— existente, sus relaciones con la literatura de su tiempo, su influjo en las nuevas generaciones, etc.) de la obra de Arlt. Su ambición es otra: describir algunas de las estructuras significativas —para usar el concepto que Lukács, hace más de cuarenta años, popularizó en la *Théorie des Romans*, y que ha retomado últimamente, en un contexto más generalizado, Lucien Goldmann— de la producción narrativa del escritor, y a través de ellos conectarla con su tiempo y su realidad. Esta forma de la ahistoricidad, aunque en principio no es discutible, lleva implícitos muchos peligros (confusión en el pasaje del nivel psicológico al social, del nivel expresivo al significativo; fetichización de la importancia de los "temas", como "el mal", "la humillación", "el fracaso", etc.), y Masotta nos parece que no siempre los ha superado. Con todo, no se puede negar que su trabajo queda como un excelente intento de reinterpretación de este escritor a través de las técnicas críticas más recientes, al cual, según nuestra opinión, habrá que completar con una detenida valoración histórica de Arlt y con un análisis estructural de su lenguaje, que ilumine todavía más plenamente sus relaciones con el mundo material, social, en que le tocó vivir.

L. G.

Este segundo libro de Moyano constituye un hecho importante y sintomático dentro del contexto de nuestra joven narrativa, es decir, de aquella promoción de narradores que han publicado sus obras —generalmente, cuentos— en volúmenes propios o en revistas literarias, a partir de 1960. Sin entrar en disquisiciones sobre ciertas teorías generacionales, cuyos criterios no compartimos por mecánicos y axiomáticos, podríamos afirmar que existen actualmente algunos grupos en los que se van perfilando con matices propios, características diferenciadoras, sobre todo en la gente de izquierda, en la que hasta ahora prevalecía la literatura comprometida o de testimonio y la influencia de la literatura norteamericana, como sucedió con los narradores llamados del 55. La presencia, en efecto, de escritores como Cortázar en el plano nacional, o la de la narrativa y la poética de Pavese en el europeo, parecen gravitar actualmente sobre la producción de un grupo de narradores jóvenes. Ya sea como la incorporación de ciertos ángulos o puntos de vista sobre la indagación de la realidad, o simplemente como fenómeno de estilo (aunque en muchos casos se da sin un criterio real, si bien soslayando esa periferia de *dilettantismo* que a veces resulta tan difícil de diferenciar en un período de gestación), constituye una búsqueda importante dentro del complejo contexto de la presente realidad nacional. Con respecto al estilo, podríamos afirmar que en los últimos diez años hemos asistido a un fenómeno de allanamiento y simplificación del lenguaje, que en sus orígenes adoptó una forma de naturalismo (muchas veces ingenuo), destinado a mostrar la realidad "tal cual es", pero que, con el tiempo, se fue enriqueciendo en una asimilación más concisa del idioma y en una tendencia de indagación más profunda de las tradiciones populares, punto de partida, este último, fundamental, hoy, para lograr una narrativa de peso sin caer en el populismo. La tendencia citada entronca con la tradición en lo referente al empleo del lenguaje y a ciertas constantes de orientación que, surgidas como tales en las postimerías del peronismo —régimen durante el cual no asistimos a ningún acontecimiento importante dentro de la literatura nacional—, se han mantenido en estos diez últimos años. Tal es el caso de la figura de Roberto Arlt —más influyente por su actitud que por su forma o técnicas— y la inclinación, en líneas generales, hacia la promoción literaria nucleada fundamentalmente alrededor de las revistas *Contorno* y *Ciudad*, en contraposición con los escritores de la llamada generación del 40. Pero en ella, esta preocupación por el estilo es utilizada como "trampolín" hacia otros contenidos, que se dan en el nivel de la experiencia estrictamente individual, o en el plano de lo fantástico, donde la ambientación de lo real, a veces deliberadamente costumbrista, se polariza frente a lo directamente fantástico o simbólico, para crear una tensión de énfasis y convicción, semejante a la lograda por Cortázar en 1951 con la publicación de *Bestiario*. Donde el humor y el drama, fundidos en un mismo bloque, a través del escamoteo y el fumismo tornaban lo cotidiano (es decir, la realidad de una clase media confundida y aterrada por la transformación de la ciudad durante el peronismo) en un declive inseguro y resbaloso.

Al señalar estas características, no nos limitamos, por supuesto, a comprobar simplemente un hecho, o a aceptarlo o a rechazarlo indiscriminadamente, desde el punto de vista de la conciencia política o de la calidad literaria, criterios ambos que sabemos insuficientes para agotar el tema. En efecto, este tipo de influencia se da actualmente en narradores de conciencia más lúcida en el plano de lo social, y, a veces, como puente de influencia de otras literaturas, que se desconocían en su fuente original y que pueden, todavía, aportar elementos importantes. Por otro lado, es evidente que, desde el punto de vista social, estos narradores, por lo general, pertenecen también a la clase media, y que están o han estado sujetos a esa atmósfera de frustración e inseguridad de la que no es posible liberarse en la temática, puesto que la literatura se hace casi siempre sobre experiencias personales, más o menos lúcidas, desde luego, y a menudo ricas en contradicciones.

Definida esta línea de apertura, diremos que este último libro de Moyano la ejemplifica e ilustra acabadamente, aunque no podamos ubicar a su autor precisamente en Buenos Aires, centro de esta clase de contradicciones, sino en el interior del país, y ligado a una realidad que sabemos en muchos aspectos diferente. Moyano publica su primer libro (*Artistas de variedades*) en Córdoba, en 1960, editado por la Editorial Assandri, que le había otorgado en un concurso realizado en 1958 un segundo premio de narrativa. Los once cuentos que componen este primer volumen están unidos por la modulación de un tema constante, a la manera kafkiana: la relación del individuo con un grupo familiar, ya remoto en el tiempo y en el espacio, o con una personalidad determinada (un Gran Pariente) de la que no es posible desligarse y que, a través de diversas formas, se va complementando en una figura obsesiva pero necesaria, ubicada siempre al margen de la infancia. Otras veces su temática gira alrededor de lo inesperado o de lo inalcanzable, o en la evocación de un ambiente alienante, donde no se precisan nombres ni lugares, pero donde se reconocen fácilmente las características de los hogares pobres y miserables y las de la clase media provinciana, y siempre llaman la atención la destreza en la construcción de ciertos pasajes y la claridad de la narración, aunque a veces sufre altibajos o cae en un simplismo redundante o en situaciones esquemáticas pretendidamente "literarias".

En *La lombriz* volvemos a encontrar nuevamente esta temática, con muy ligeras variantes y enriquecida por matices más sutiles, más asimilados, junto con otros relatos de enfoque diferente pero unidos por un fondo común. El primer cuento, *Los mil días*, está narrado en forma simple y casi pintoresca, con personajes que, a pesar de su promiscuidad, alcanzan un matiz tierno y convincente, a veces convencional. La relación del niño con el abuelo —remoto inmigrante italiano, lleno de hijas que dan a luz innumerables criaturas— y su predilección por él constituyen la solidez de un mundo cuya estabilidad se mantiene por los legendarios ahorros que duermen en el fondo de un cofre misterioso y que se relacionan con su felicidad de una manera muy estrecha, pero desconocida. Aquí nos encontramos con la temática fundamental de Moyano, pero con una variante menos retórica, más propia, que las de su libro anterior. Ese dinero se habrá de acabar algún día, y entonces, forzosamente, se habrá de llegar al límite del mundo. "Pero aquella vez, como una bendición de la infancia, vio de pronto abrirse entre sí un mundo, si no encantado, por lo menos de dichosas posibilidades", nos dice en un final que narra con sobre-

dad y precisión. En *El joven que se fue al cielo* notamos también esa ternura envuelta en una atmósfera agria, picaresca, donde alternan el sentido del humor y el del ridículo, que no alcanzan a plasmarse, por ejemplo, en *Pathos*, donde esta asociación resulta chocante y convencional. *El rescate* es un relato sobrio, dramático, ambientado en la rudeza de un medio campesino, donde la muerte y la violencia juegan un papel fundamental en contraposición con el amor maternal y el instinto de conservación, y nos recuerda a cierta narrativa mexicana y norteamericana, con lo que difiere del resto del libro. En *Nochebuena* y *El milagro* volvemos al tema de la vida cotidiana de la clase media provinciana; el segundo, en especial, es uno de los más logrados, tanto por su enfoque particular como por la originalidad natural de los hechos, que se desarrollan a través de una anécdota simple y sintética, rematada por la reiteración de una frase que agota una situación en toda su intensidad, sin apelar a lo patético o a lo superfluo explicativo, y constituye uno de los hallazgos más importantes de Moyano. Nada extraordinario sucede; simplemente, el protagonista recibe un día la carta de un amigo al que debe favores muy especiales, principalmente monetarios, quien en esos momentos se encuentra en dificultades económicas y necesita su ayuda. Este hecho, que le recuerda un pasado miserable en que dependió del otro, y la posibilidad de devolver el favor ahora, lo remiten nuevamente a la conciencia de una situación límite, cuyos polos pueden invertirse en cualquier momento: "Y en realidad pensaba esto para evitar que llegase a su mente una certeza que había presentado en la casa, poco antes de salir: la de que todo pendía de un hilo".

Estos elementos reiterativos, aplicados a diversas situaciones, constituyen, como dijimos antes, el punto central del desarrollo de casi todos los relatos, que en la mayoría de los casos alcanzan la finalidad propuesta por el autor; pero que al mismo tiempo, también configuran uno de los principales peligros: el de agotamiento ya notado, por ejemplo, en *La lombriz*. Este, el cuento más importante del libro, desde el punto de vista de su contenido, es al mismo tiempo, sin embargo, el más reiterado mecánicamente, y el más abundante en esas dosis de literatura no asimilada, que ya señalamos al referirnos a *Artistas de variedades*.

Por último, diremos, con respecto al sentido actual de la cosmovisión de la obra de Moyano, que son pocas las posibilidades de apertura que nos plantea en lo que se refiere al mundo circundante, y que estas, en varios casos, parecen resolverse en el plano de la aceptación mística de la fatalidad o en el de la subordinación pasiva a la determinación de los hechos, como sucede en *Después de este destierro*. En efecto, los hechos de la infancia, las obsesiones de un pasado del que no es posible huir ni frente al cual rebelarse materialmente, parecen formar las paredes de un mundo fatalista y cerrado. Al mismo tiempo, empero, surge la necesidad, en nivel ético, de sobrevivirlo de alguna manera, o de buscar un instante, a través de una experiencia mínima pero totalizadora, en que la realidad presente un aspecto diferente y pleno, como advertimos en forma ingenua en *Cafe con leche* o, de modo más logrado, en *Los mil días*. Si a todo esto añadimos el sentido del humor como forma integrante de la voluntad de encontrar ese momento, se podría sintetizar este estado en la afirmación casi macedoniana del final de *La lombriz*: "Cómo gozar del cielo cuando había un infierno. Y bastaba el dolor de un solo hombre para impedir la alegría". Afirmación que, en el plano de lo concreto, admite muchos

grados de interpretación, pero que aquí solamente nos describe un estado de ánimo, previo a una actitud.

Sería ingenuo, no obstante, cuando no absurdo, exigirle al autor que nos comunique un optimismo que no siente o una receta definitiva. Relacionada con nuestra época y con nuestra realidad social, la obra de Moyano es un hecho significativo, no solo como fenómeno literario, sino como expresión de un estado que en mayor o menor grado nos es común y que forma parte de ese lado tan trivial, aunque poco profundizado, de la realidad cotidiana.

J. C. C.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS: Noé Jitrik, *Addio a la mamma* (poesía), Ediciones Zona; *Antología interna*, Ediciones Zona; Roberto J. Santoro, *De tango y lo demás* (poesía); Alicia Tafur, *De lo que está en la sangre* (poesía); Fidel Castro y Jeannette Habel, *Proceso al sectarismo*, Jorge Álvarez Editor; Rodolfo Puiggrós, *Pueblo y oligarquía*, Jorge Álvarez Editor; Varios, *Crónicas de América*, Jorge Álvarez Editor; Varios, *Crónicas de Buenos Aires*, Jorge Álvarez Editor; Varios, *Crónicas de la burguesía*, Jorge Álvarez Editor; Rodolfo Walsh, *La granada, La batalla* (teatro), Jorge Álvarez Editor; Vera Caspary, *El gorrión elegido*, Emecé Editores; Julien Green, *Partir antes del día*, Emecé Editores; Dalmiro Sáenz, *El pecado necesario*, Emecé Editores; Rex Warner, *Pericles, el ateniense*, Emecé Editores.

REVISTAS, PERIÓDICOS, FOLLETOS, ETCÉTERA: *El fantasma flaco* (entregas 6 a 9), Daniel Barros; *Eco contemporáneo* (Nºs 5, 6-7 y 8-9); *The Angel Press* (Nº 1); *Arte y rebelión* (The Angel Press); *Paz ahora* (Nº 1, M. Grinberg y J. C. Kreimer; *Poesía* (Nº 5), M. Grinberg y J. C. Kreimer; *Pregón* (agosto y sigs.), Editorial Aguilar; *Setecientos monas* (Nºs 5 y 6); *La Gaceta* (edición dominical, domingo 22 de agosto y sigs.), Daniel Desein (Tucumán); Marcos Kaplan, *Política y vida cotidiana* (folleto); Marcos Kaplan, *Las fuerzas armadas en la crisis argentina* (folleto); *Contra el neo-revisionismo* (folleto), Partido del Trabajo; *Pedro Gaeta, Pinturas* (catálogo de exposición), R. González Tuñón y Pedro Gaeta.

Ezequiel MARTÍNEZ ESTRADA, *Mi experiencia cubana*, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1965.

Difícil resulta, cuando se escribe sobre Martínez Estrada (porque no se puede escribir sobre un libro de Martínez Estrada sin escribir sobre él mismo, el hombre cabal "enrolado —como él dice en el "Prólogo inútil" a su póstuma *Antología* (México, 1964)— en las filas del servicio obligatorio de la libertad de su patria"), difícil resulta vencer la tentación de cederle a él la palabra y que sea él, con la inconfundible aspereza de su voz, tantas veces varanamente interferida por los "cuatros de la cultura", quien haga la reseña y fustigue en ella a los "críticos viscerales [...] que odian la libertad [...] y escupen contra lo que brilla". Yo no me negaré aquí a que pueda hacerse oír, franco y valiente, temeroso solo de que lo tergiversen y asimilen, de que escamoteen su verdad a su pueblo.

E insisto en cederle la palabra porque temo un poco que algo me toque de su juicio sobre los que hallan en *Radiografía de la pampa* la clave sintetizadora de su obra y lo convierten así en el shakespeariano y peligroso "hombre de un solo libro". Pero tengo atenuantes: primera, yo no lo hago para adjudicarle —neutralizándolo— "el papel de maniático disconforme", como denuncia el propio autor de *Las 40*, o —como los que invocan razones de supuesto rigor metodológico o ideológico— para acusarlo de pesimismo e irracionalismo, de "romanticismo inútil". (De quienes él marcó a fuego y lo ensalza para hacer creer que no les cae el sayo —como apunta Barletta en el prólogo de *Mi experiencia cubana*— trataré de no ocuparme.) Segunda: El propio Martínez Estrada no rehúsa *por ahora* "hacer pie en la *Radiografía*...", como si fuese obra clave o unigénita" que de algún modo engloba o trasciende su vida a través de *La cabeza de Goliath*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, *Sarmiento*, *Invariantes históricos en el Facundo*, *¿Qué es esto?*, hasta sus exiliados y tácita pero no por ello menos eficazmente proscriptos *Análisis funcional de la cultura* (La Habana, 1960) y esta *Experiencia cubana*. Digo *por ahora* porque Martínez Estrada sabía muy bien que su problema de comunicación no estribaba en que, bajo "la presión del tiempo", ahora hubiese que aprender un nuevo "lenguaje del número, del cálculo y las estadísticas", con cuyo aprendizaje "se perdiera el oído para otro" y "dejara de ser inteligible el habla de la *Radiografía*" —según se diagnostica en *Sur* (Nº 293, p. 42)—, sino en que "todo lo que [él, M. E.] tenía que decir era [...] simplemente lo que se había convenido en no decir en voz alta [...]había dicho lo que todos sabían y callaban". Espera "que algún día" (si el mundo sobrevive a la "codicia de plutócratas y tecnólogos" y al embrutecimiento por ellos planificado) su obra "será juzgada como la de un artista y un pensador"; pero hay que esperar primero a "que se cree en América Latina una conciencia propia de lo que somos, la conciencia de situación [...] de pueblos colonizados y naciones subdesarrolladas a las que se dieron constituciones y leyes para mantenerlas cautivas sin necesidad del cepo; cuando se admita lealmente que hemos sido reducidos, por [...] usurpadores y bandidos, a la condición de enemigos de nosotros mismos, [...] servidores gratuitos o mal remunerados de los dueños del mundo".

Con esas condiciones, entonces, porque todavía estamos forjándonos esa conciencia, porque todavía estamos alienados y porque pululan entre nosotros y nos sangran los "vermes y necróforos" contra quienes nos previene Martínez Estrada, me abstendré de juzgarlo como artista y pensador. Ese *por ahora* de vigilia y resistencia revolucionarias me autoriza, creo, a que me atreva a escribir de él como si fuera realmente autor monotemático, empeñado infatigablemente en pintar "el retrato de un país subdesarrollado, [...] de vida [...] desconocida y enigmática". *Radiografía de la pampa* será para mí, más que un libro, una actitud crítica que vive a través de la obra de Martínez Estrada —especialmente los títulos mencionados antes—, madurando en ella hasta culminar con su encuentro e identificación con la Revolución cubana, tal como se refleja en *Mi experiencia cubana*, para rematar y fijarse sintéticamente en las palabras densas y cristalinas del "Prólogo inútil".

Esa unitaria actitud crítica se va acendrando y precisando en él a través de los años, de su experiencia vital en lucha contra la podre del medio, y a través de sus libros, y, porque es honrada, se politiza de manera cada vez más inequívoca; la intuición se va asumiendo y él cobra conciencia, entre retortijos como los de *¿Qué es esto?* (tan chocante en 1956 para quienes no pestañearon por los fusilamientos entre la basura), *Las 40* y *Cuadrante del pámpero* (donde ya se tiene expresamente en Marx para recordar que "nadie mejor que él supo que el camino más directo para el logro de grandes proyectos es el sacrificio y [...] no trepidó en auspiciar el incremento de la injusticia favoreciendo la concentración de [...] la riqueza y aumentando la depauperización del proletariado, pues nada más peligroso para él que una transacción mediante paulatinas conquistas [...] «Se debe hacer más oprimente la opresión real —acaba citándolo—, añadiéndole la conciencia de la opresión»). No pienso, claro está, emprender una absurda demostración de que Martínez Estrada acabó siendo un escritor marxista. Lo que sí quiero señalar es su aproximación creciente al marxismo como consecuencia inevitable del ahondamiento de la actitud crítica que ciñe espada en la *Radiografía*. En su "Prólogo inútil", tan paradigmático, ya no habla con metáforas fácilmente asimilables por los Giusti y Murenas; ahora cita por su nombre a Fanon para destacar la falsificación de la historia "por los escribas y escriturarios del notariado fiscal", pues encuentra en el autor de *Los condenados de la tierra* los elementos que le permiten identificar a la Argentina y a los demás pueblos de nuestra América, y a su historia, con los pueblos colonizados y subdesarrollados de África, exactamente en el mismo plano. Y en Fanon encuentra la clave de la conspiración de silencio y asimilación para con la actitud de *Radiografía de la pampa*: "el individuo colonizado tiene una mentalidad distinta de la del colonizador; [...] pero puede adquirir la mentalidad de este [...] Los pueblos colonizados [...] sufren una psicosis colectiva que les hace rechazar el tratamiento [...] Se niegan a ser liberados." No se limita a citar a Fanon: cuando comprueba que "los pueblos son educados para la servidumbre", para rechazar las obras que pudieran esclarecerlos "o dotarlos de instrumentos eficaces de liberación", subraya que "últimamente he llegado a considerar a los intelectuales, particularmente a los profesionales, que son los intelectuales al servicio doméstico del capitalismo internacional, como los verdaderos culpables del embrutecimiento mediante la educación popular" (transcribo textualmente,

no sea que "asimilen" la cita trunca). Líneas más abajo, particularizándose ya en su país, se cita a sí mismo para recordar a "aquella gentuza a la cual últimamente denominé «los delatores y espías del servicio secreto de inteligencia argentino dependiente del Departamento de Estado y del Pentágono de los Estados Unidos»". Colonización alienante, liberación, capitalismo internacional opresor, Departamento de Estado y Pentágono configuran un cuadro inequívoco, bien definido en cualquier rincón de la tierra, del Curzo a Los Ángeles, de Da Nang a Elisabethville y Santo Domingo. Vuelve después Martínez Estrada a comentar su descubrimiento de un nuevo mundo para él ignorado: "el colonizado o postcolonizado de África y Asia". Recalca la identidad de nuestro mal disimulado coloniaje americano con el africano, más obvio, y precisa que "en América tenemos un caso semejante al de Argelia" contra el cual "el señor de horca y cuchillo [...] azuza los canes atraillados", buena caracterización de nuestros cancilleres "democráticos" y pundonorosos. Reconoce que "nuestra servidumbre es muchísimo más cierta, grave y opresiva de lo que antes creí". Ahora "puedo decirlo —aclara—, después de treinta años de publicado mi primer libro en prosa, la imagen falaz de mi país y de los otros países subdesarrollados de América que esbozaron los Cronistas de Indias, es la misma de los historiadores, sociólogos y economistas contemporáneos, efigies falaces todas, inspiradas en la defensa de los intereses de los conquistadores y colonizadores".

Todo esto, que tiende a dar una imagen bien distinta de la que el país oficial pretendió evocar a su muerte, no compone sin embargo la descripción de un ideólogo, aunque no encaje en el clisé de desborde, mesianismo e irracionalidad en que los escritores más lúcidos de derecha y algunos menos lúcidos de izquierda quisieron inscribirlo. En las primeras páginas de *Mi experiencia cubana* aclara: "Yo no soy especialista en revoluciones [...]". Pero a fuerza de "cantar opinando", no podía resultar impermeable a la fuerza galvanizadora de la experiencia revolucionaria cubana: era demasiado honrado para cerrar los ojos y demasiado perspicaz para no percibir y generalizar su contenido libertario. No sorprenderá entonces que rinda tributo a Fidel Castro, con el entusiasmo que su pluma sabía poner en una buena causa, en las cuatro instantáneas en que lo retrata, donde un aparente "culto a la personalidad" sugiere significados más profundos latentes en lo circunstancial.

Básicamente, la tesis de este libro afirma que la Revolución cubana tiene sus raíces en los movimientos emancipadores debelados durante el siglo pasado, que ella los prolonga y corona. En Martí —no el Martí "asimilado", adulterado, endulzado de las antologías y los discursos panamericanos, sino el revolucionario intransigente con todo lo que lo aparta de su tarea primordial, la libertad de su pueblo, listo para pelear y marchar, mochila al hombro, y para convertir el papel de sus escritos en tacos para sus balas— nos descubre la dimensión gigantesca del ideólogo revolucionario cuya Revolución, prostituida tan pronto, es consumada, sesenta y cinco años después de su martirio en Dos Ríos, por su avatar de la Sierra Maestra. Pero no se crea que la ilación es puramente retórica. Martínez Estrada separa cuidadosamente los hilos que quedaron trunco en 1898, los prolonga y finalmente restablece la trama: "la Revolución cubana es acontecimiento impersonal, de masas, [...] el hecho más importante en el proceso de su historia y de la historia de la independencia de los pueblos americanos". "No es una revolución política, de formas [...].

y si una revolución social, total y radical. Hay que aceptarla como lo que es y juzgarla en consecuencia, y no como nos habría agradado que fuera."

En otras palabras, Martínez Estrada va identificando los momentos del proceso de liberación dentro de una perspectiva mucho más amplia que la del historicismo adocenado: casi podría decirse que generaliza con una visión marxista de la historia, en una dialéctica que opone los movimientos populares de liberación (distingue perfectamente entre aquellos de raigambre popular, totales y profundos, y los que en su heterogeneidad clasista llevaban el germen de su fracaso) a las fuerzas imperialistas opresoras.

Más adelante, al analizar el proceso que lleva la Revolución al socialismo, niega que sea meramente el reflejo de la presión yanqui. "No pudo ser de otro modo —aclara—: 1) porque es la forma político-económica más racional y equitativa y concordante con los adelantos de la civilización tecnológica y de la cultura humanística; y 2) porque la recuperación de su patrimonio por el pueblo implicaba la ruptura completa con los poderes que lo mantenían en situación de dependencia y estancamiento."

Hasta el lenguaje es insólitamente escueto y directo: el espíritu de *Radiografía de la pampa* tiene un nuevo vocabulario. Véase si no:

"Estar o no con la Revolución cubana no es, pues, cuestión de que concierte o no con las ideas que cada ciudadano tenga del derecho político, la división de poderes, la representación parlamentaria, la democracia, el sufragio, etc., sino de aceptar o no un nuevo sistema económico y político que proscriba la explotación del hombre y de las naciones subdesarrolladas por las imperialistas. Un nuevo sistema de moral pública y de relaciones entre gobernantes y sus pueblos, y no con los gobiernos enemigos. En fin, se trata de aceptar la marcha incontinente de la civilización o de tomar partido por las fuerzas retrógradas que han demorado y ensangrentado la historia de la humanidad."

Son muchísimas las citas como esta que quisiera poder transcribir aquí íntegramente, pero no puedo sino limitarme a remitir al original al lector que deseé una vivificante impresión directa. Saltaré entonces sus párrafos sobre el sentido iluminador de la gesta cubana para el resto de nuestra América, su valor humanista que enciende y organiza las fuerzas vitales más nobles del pueblo ahora sí martiano, las hermosas páginas que nos revelan con trazos indelebles al Martí que nos había sido deliberadamente escamoteado, y la clara e instructiva denuncia anti-imperialista. Pero me detendré para comentar su desenmascaramiento del imperialismo cultural, su convicción de la necesidad de llevar la Revolución al ámbito del espíritu y la creación intelectual. Con la Revolución cubana, dice Martínez Estrada, nos fue dado comprender la verdad de nuestra historia cultural: "que nuestra suerte era la de los pueblos irredentos", desde los primeros pasos de la Conquista. "Supimos que teníamos que luchar junto a nuestros hermanos y no en pro de nuestros protectores; que nos habían rapado la cabellera aborigen para quitarnos la fuerza [...] y que no sólo nos desvigorizaron corporalmente, sino que nos tusaron la inteligencia, [...] industrializada para la exportación." Después, en el capítulo "Réplica a una declaración impertinente", pone algunos puntos sobre las fes de nuestros prohombres de la SADE (él los llama "Borges, Mallea y sus comilitones"), con la causticidad y el vigor de quien corre a los mercederes del templo:

no lo citaré, que no tiene desperdicio pero es muy extenso para transcribirlo aquí.

Interesa, en cambio, su tesis de que en el pensamiento martiano está casi taxativamente contenido el programa cultural que está realizándose en la isla, en particular la definición martiana de cultura como patrimonio no individual sino social: "Son nulas y deshonrosas, a veces —cita a Martí—, las capacidades del hombre cuando no las usa en servicio del pueblo, que se las caldea y alimenta." Martínez Estrada nos revela a un Martí que no intuye sino que percibe claramente la manipulación de la cultura nacional para someter al pueblo. Reconocemos palabras muy recientes de Sebastián Salazar Bondy en esta cita de Martí por Martínez Estrada: "En los países con indios, los gobernantes aprendan indio." Y el escritor que se identificó con Martín Fierro avanza osadamente en busca de los "fundamentos sobre que ha de forjarse una cultura socialista", de los "valores que deben ser liquidados y suplantados" para crear "una cultura nueva". Plantea la necesidad de profundizar la Revolución, de llevarla a la superestructura. Así, gradualmente, al tender al máximo las vigorosas nervaduras del verdadero pensamiento revolucionario martiano que hasta ahora desconocíamos, llegamos —nos hace llegar Martínez Estrada— a otro poeta avatar de Martí: Mao Tse-tung. De este transcribe varios jugosos párrafos —entre ellos uno del programa de Yenán, donde se formula magistralmente la necesidad de una vinculación cada vez más estrecha entre los creadores intelectuales y el pueblo trabajador—, para discutir después en detalle las tesis expuestas por Fidel Castro en sus conocidas *Palabras a los Intelectuales*.

En esas cincuenta páginas del penúltimo capítulo, tituladas "Por una alta cultura popular y socialista cubana", el espíritu de *Radiografía de la pampa* nos ofrece el testimonio de la maduración que describió al comienzo de estas líneas. En ellas revela la magnitud y profundidad de su acercamiento al marxismo: no devuelve, en efecto, a un Martí de ahora en más irreversiblemente recuperado para la guerra de liberación de la cultura americana, prolongado y realizado en la obra y la palabra didácticas del jefe de la Revolución, hermanados ambos a través de tiempo y la geografía con el líder leninista chino; y nos devuelve a un Martínez Estrada que ha alcanzado una coherencia esencial y se ha recuperado a sí mismo para triunfar en la orfandad a que someterán —son sus palabras— nuestros jueces populares "nuestra papelería, nuestra cultura de gabinete, elaborada exactamente lo mismo que la otra riqueza de los banqueros y latifundistas, con el sudor, la sangre y las lágrimas de los que no recibían de ella sino las migajas de un gran festín".

F. L. G.

MESAS REDONDAS, ENCUESTAS, REPORTAJES

sobre la actualidad

económica, social, política, cultural y deportiva

argentina y extranjera:

Ud. encontrará todo esto todos los días en LR 11

Radio Universidad de La Plata.

Y además: Letras, Artes, Música, Cine y Teatro.

Siempre de 18 a 24 horas.

En el dial, después de LS 6.

FALBO LIBRERO EDITOR

Galerías Boston
Florida 142
Nivel A, Local 20
Tel. 40-4873

NOVEDADES

LA COMPARSA - Joaquín Gómez Bas

LA SALAMANDRA - Celia Paschero

LITERATURAS GERMANAS MEDIEVALES - Jorge Luis Borges y
María Esther Vázquez

HISTORIA DEL PAPIÓN SAGRADO - Santiago Bullrich

CUENTOS DE MARMOL Y HOLLIN - Héctor Lastra (2ª ed.)

Precio: 80.- pesos